

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Vol. XLVIII

San José, Costa Rica

1953

Lunes 15 de Agosto

Nº 9

Año 33 — No. 1154

Anotaciones sobre Bolívar y la Iglesia

Colaboración de Luis E. AVILES, Ph. D.
(Departamento de Lenguas Modernas.

The Florida State University. Tallahassee, Florida).

Cúmplenos preaver categóricamente: los apuntes que intentamos elucidar se presentan en manera sumamente objetiva; coméntanse sin tendencia alguna a sacrificar las evidencias históricas a consideraciones personales.

El día 17 de mayo de 1828, después de la cena, entabló el *Libertador* con su edecán y secretario Perú de Lacroix, cierta conversación que tocaba en materias filosóficas, particularmente sobre el sistema del alma. Díjole Bolívar:

"Yo, por mi parte... no gusto de entrar en tales metafísicas, que considero descansan en bases falsas: me basta saber y estar convencido de que el alma tiene la facultad de sentir, es decir, de recibir las impresiones de nuestros sentidos, pero que no tiene la facultad de pensar, porque no admite ideas innatas. El hombre, digo, tiene un cuerpo material y una inteligencia representada por el cerebro igualmente material, y según el estado actual de la ciencia no se considera a la inteligencia sino como una secreción del cerebro: llámase, pues, este producto alma, inteligencia, espíritu, poco importa si hay que disputar al respecto; para mí la vida no es otra cosa sino el resultado de la unión de dos principios, a saber, de la *contractilidad*, que es una facultad del *cuerpo material*, y de la *sensibilidad*, que es una facultad del cerebro o de la *inteligencia*: cesa la vida cuando cesa aquella unión: el cerebro muere con el cuerpo, y muerto el cerebro no hay secreción de inteligencia: saque, pues, de allí cuáles deben ser mis opiniones... y mis ideas sobre todas las ficciones sagradas que ocupan todavía tanto a los mortales". 1

Una lectura meditada e interpretación correspondientes de lo que acabamos de transcribir, bien pudiera dar comidilla a comentarios negativos, recriminaciones o polémicas de tal o cual laya. Empero, hay más dubitativas con respecto a otros asuntos. En la conversación que se sostiene en un atardecer del mes siguiente, hace el *Libertador* varias observaciones tocantes a los entierros de "angelitos", "idolatría", el valor artístico en determinados cuadros e imágenes de las iglesias, diatribas contra predicadores y sacerdotes, y por último, evaluación menospreciativa de los edictos de excomunión. 2

Ahora bien. Con respecto al primer punto, lo del alma, cabe conjeturar que Bolívar, "por hablar", se expresara en confianza, y a base de su previa lectura, manifestando la posible influencia que ejerciera en su mentalidad, como hubo de ejercerla en otros pensadores de su tiempo, el filosofis-



Simón Bolívar

*

mo ineludible de la época. Debemos abonar el inconcuso testimonio del mismo *Libertador* de que sí había leído con largueza; de que sí había estudiado compenetradamente todos los clásicos modernos de España, Francia, Italia, gran parte de los ingleses, amén los pertenecientes a la antigüedad greco-latina. 3 Entre los autores leídos y asimilados, destácase el grupo que integraba la caterva francesa: los forjadores del interrogante y demoleador enciclopedismo donde se compaginaban algunos filósofos antagónicos a las grandes premisas tenidas de imperecederas verdades universales. Sólo bastaría enfocar nuestra atención en la confusa interpretación que originaría el racionalismo cartesiano en su parcial doctrina que relacionaba el alma con las funciones de la glándula pineal; también las dubitativas que se propalaban en las íntimas confesiones del vicario de Savoya en el *Emilio* del ginebrino Juan Jacobo Rousseau; y aun de más consecuencia, reflexiónese en las premisas del inglés Hobbes para quien el espíritu resultaba algo así como el sistema nervioso o vida cerebral; también la tesis avanzadas por el Barón de Holbach con las que intentaba exponer su concepto filosófico a base del atomismo, mecanicismo y materialismo; tesis que, a juicio de la crítica reposada, no señalaba tamaña novedad por cuanto, si en el sistema del Barón se mezclaba el atomismo y el hilozofismo,

tales conceptos prevalecían muy de antiguo entre los griegos primeros. De todos modos, el francés en su *El Sistema de la Naturaleza*, pretendía identificar el alma con la actividad cerebral; sostenía de incontrovertible que los procesos más complicados del espíritu descansaban sobre las bases de materia y fuerza, rematando con la negación de la existencia de Dios y de toda vida ultraterrena.

Pero bien. Cualquier trasunto de impiedad que pudiera colegirse de lo emitido por Bolívar en su desenfadada cháchara con Perú de Lacroix, anúlase con la evidencia de otros hechos. De las prácticas religiosas de Bolívar en el mismo Bucaramanga, dícenos su edecán:

"Hoy domingo el *Libertador* fué solo a Misa, contra lo ordinario, porque siempre nos mandaba a llamar para acompañarle... Desde que se halla en Bucaramanga no ha dejado un día de fiesta de ir a la iglesia..." 4

La misa se oía, no a determinada hora, sino antes o después del desayuno, según conviniese a Bolívar. "En la iglesia, continúa el secretario, se mantiene con mucha decencia y respeto y no permite que los que van con él se aparten de esta regla". 5 A más desear, visualicemos un espectáculo doliente e inolvidable: la llegada del ocaso, el silencio eterno en la Quinta de San Pedro Alejandrino de Santa Marta. Oficiaba como facultativo el Dr. Reverend. Solícito también el General Montilla que atendía, mandó llamar al Obispo de Santa Marta. Sobre la marcha presentóse el Dr. Estéves, y el ilustre prelado "se puso a conferenciar a solas con el *Libertador*". Dispúsose arreglar los asuntos temporales y espirituales.

"El Cura de la aldea de Mantoco cerca de San Pedro, acompañado de sus acólitos y unos pobres indígenas, vino de noche, a pie, llevando el viático a Simón Bolívar". 6

Reza en parte su última voluntad: "...hallándome gravemente enfermo, pero en mi entero y cabal juicio, memoria y entendimiento natural, creyendo y confesando como firmemente creo y confieso el alto y soberano Misterio de la Beatísima y Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero; y en todos los demás misterios que cree y predica y enseña nuestra Santa Madre Iglesia, Católica, Apostólica, Romana, bajo cuya fe y creencia he vivido y protesto vivir hasta la muerte como católico fiel cristiano..." 7

Ultimo comprobante: "Si hay algo bien manifiesto en la vida y personalidad del *Libertador*, dice el muy digno Obispo Titular de Usula, es su culto de un ideal trascendental que está por completo fuera de la mazquina finalidad materialista". 8

Pasemos, pues, a examinar aunque sucintamente, la posición de Bolívar respecto al ideal de independencia que concibió y que se proponía consumir. Si damos crédito a la conminación exaltada por él proferida, palabras que se consignan en *Recuerdos sobre la Rebelión de Caracas* al efecto de que si la Naturaleza, al ocasionar la catástrofe en la Metrópolis y otros centros de población de Tierra Firme, manifestaba su oposición a los designios liberales, contra ella se lucharía hasta vencerla 9, no podemos menos que prever ya una inalterable voluntad, un curso irrefragable al respecto. A nada y a nadie, individuo o colectividad, parécenos, podría permitírsele el menor obstruccionismo ni especies de componendas en la consumación de Independencia.

A nosotros nos interesa indagar en el momento, y motivados por un prurito histórico de curiosar, sobre los choques de carácter personal que se produjeron durante la obra emancipadora entre Bolívar y el clero, tal o cual prelado, o particular administración eclesiástica. Dejamos aparte toda controversia que pudiera designarse Oficial o de Estado. Ultimamente, en *La Política Religiosa del Libertador* 10, se elucidan en manera inconcusa y definitiva, todos los aspectos de este asunto. Análzense, entre otras materias, la Constitución de Angostura, la de Cúcuta, el discurso de la boliviana, el Patronato, y el "caso" de Guayanas, "primera gran intervención de Bolívar en arreglos de administración eclesiástica". Tras penetrante análisis, llega su expositor Mons. Navarro a la proposición conclusiva de que:

"...el *Libertador* no tuvo otra política en materia religiosa sino la que venía de la tradición gubernativa española, procurando éste su protección y favor a aquélla para el desarrollo de su actividad, el adoctrinamiento de los pueblos y la recta disciplina de las costumbres, pero ejerciendo bastante poco canónicas intromisiones en los asuntos de orden sagrado: que esa política la observó el *Libertador* en todo el curso de su vida pública, sin que jamás le pasara por la mente la idea de separación entre las dos Potestades". 11

Prosigamos, pues, abordando los hechos cronológicamente según se dan desde su principio a la finalidad que tuvieron. En 1807, cuando el futuro *Libertador* regresaba a su patria, los hados habían ya vaticinado el penoso fracaso de los sueños de Miranda, quien a pesar de ello, ocuparía en los fastos de la emancipación americana la gloria merecida de abnegado Precursor. A conocimiento de todos, dedicóse Bolívar a los quehaceres y cuidados de sus vínculos y haciendas. Sabíase además, que frecuentaba una especie de cenáculo literario donde se gustaban a los maestros en compañía de su antiguo tutor Bello, su hermano Juan Vicente, los del Toro, sus parientes, amén otros intelectuales de la flor y nata caraqueña. Lo que por un tiempo no llegó a oliscar el fino huronear de las autoridades fué el hecho de que Tácito, Virgilio, Voltaire y demás genios, sólo servían de cortina de humo tras la cual se forma

Poesía inédita

de Oscar ACOSTA

(Para el *Rep. Amer.*)

P O E M A

No tengo nada mío, nada,
ni mis huesos heridos, ni mis sienas golpeadas,
ni mi propia conciencia destruída por el hombre.
La muerte puede venir un día entre su niebla,
cuando quiera, y ni mi corazón hallará intacto:
está deshecho por el amor y el odio.

Todos los hombres esperan el naufragio
y éste hace mucho tiempo martirizó mis penas,
hurtándolas, sin dejarme el continuo
y necesario río de las lágrimas.

Pero en este desierto sobreviven aún
elementos eternos y vitales:
mis manos y mi espíritu.

Mientras otros le entregan a su pueblo
húmeda sangre, hijos varones, decididas palabras,
yo le doy a la humanidad lo que poseo para que recobremos
la libertad que ahora es sólo una esperanza.

P O E M A

Por la música dócil que invade el tibio bar
descubro que éste tiene similitud contigo:

En los viejos manteles está presente tu blancura
y en los sonidos claros aparecen tardíos ecos de tu voz,
dilatándose en el cuerpo de la noche tranquila
y advierto que en tus venas pretende viajar el licor
que baja al pez redondo de mi corazón y lo enmudece.

Hasta los fríos muebles imitan vagamente tu actitud
en las intrusas formas que los cubren.

Evidentemente tu recuerdo es asiduo mastín de mi pasado.

PRIMERA CERCANIA EN LA TIERRA Y EL MAR

Aquí los parques son propietarios de otras plantas
y las mujeres llevan un ademán extraño que les transforma
[el rostro.

Es cierto que la alta niebla del mar,
esta niebla que inunda los jardines y hace más breves
[las barandas,
difiere de los aires que mueven las hierbas y las olas,
pero aún así encuentro en ella, para un feliz instante,
una común presencia que ayuda a recordarte.

Todo, hasta la luz que rodea esta ciudad y la vigilia
acerca a mi corazón tu soledad y diluye tu ausencia.

Sobre la tierra y la límpida arena que fallece en el agua
tu nombre viene a mí por la bondad del amor y mi recuerdo.

Lima, Perú. 1953.

ba a *sotto voce* la incipiente de una erupción revolucionaria.

¿Qué suerte de acontecimientos se desarrollaban en la Península en este interim? Una vez consumada la pérdida de la casa de Braganza, maquinó el pujante Corso la abdicación de los inaptos Borbones para mayo de 1808. Levantóse la Junta Suprema en guerra abierta al francés intruso, imitándose esta organización en el Cabildo Abierto en las capitales de la Colonia. Aquí se vacilaba entre la fidelidad a Fernando VII y el definitivo rompimiento con la madre patria. En Venezuela, el *mixtiferi* po-

lítico hubo de culminar con la deposición del Gobernador Emparán, constituyéndose la Junta de Caracas el 19 de mayo de 1810 para establecer un gobierno autónomo.

Sigue ahora una concatenación de sucesos en los cuales hallamos al futuro *Libertador* fervorosamente activo: su misión en Londres, la separación tentativamente completa de Venezuela, el catastrófico terremoto, la capitulación de Miranda a Monteverde, y tras ello, la pérdida de Puerto Cabello; pasa Bolívar a Curazao, luego a Cartagena: estamos en 1812, tiempo cuando expiraba la primera República; frisaba

Bolívar en los 33 años.

En julio 20 de 1810, el Virrey de la Nueva Granada había sido derrocado en Bogotá. Las facciones federales y centralistas ponían en peligro el primer paso de triunfo, amenazando a la provincia con una guerra civil. La de Cartagena rebelóse contra las autoridades bogotanas estableciendo tras ello su propia autonomía. Aquí y para este tiempo, pues, se obra, a juicio de historiadores competentes, el nacimiento político, la génesis del héroe de la Independencia americana 12. Apúntanse dos hechos de trascendental importancia que concurren a esta formación política: el 27 de noviembre se dirigía al Soberano Congreso de la Nueva Granada instalado en el tiempo de la destrucción de la República de Venezuela; el 15 del siguiente mes exhortaba directamente a los pueblos con su ya memorable *Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada* 13. En ambos documentos señalaba Bolívar lo que a su parecer fueron las causas del calamitoso fracaso de la primera República:

"El terremoto de 26 de marzo trastornó ciertamente, tanto lo físico como lo moral; y puede llamarse la causa inmediata de la ruina de Venezuela".

A falta en Caracas, continúa aclarando, de una autoridad que obrase sin trabas y en manera expeditiva, la influencia católica logró sacar importante partido del fenómeno que hizo perecer más de 20,000 almas en la capital, ciudades y pueblos 14. Y esta preponderancia espiritual se impuso, afirma Bolívar, sobre la superstición y fanatismo de las comunidades, atribuyendo el cataclismo a designios divinos ya que el pueblo aceptaba los principios de un movimiento herético y condenable. Se particularizaba:

"La influencia eclesiástica tuvo, después del terremoto, una parte muy considerable en la sublevación de los lugares y ciudades subalternas y en la introducción de los enemigos en el país, abusando sacrílegamente de la santidad de su ministerio en favor de los promotores de la guerra civil. Sin embargo, debemos confesar ingenuamente que estos traidores sacerdotes, se animaban a cometer los execrables crímenes de que justamente se les acusa, porque la impunidad de los delitos era absoluta..."

Luego se expresan ciertos temores:

"Es muy probable que al expirar la Península, haya una prodigiosa emigración de hombres de todas clases; y particularmente de cardenales, arzobispos, obispos, canónigos y clérigos revolucionarios, capaces de subvertir, no sólo nuestros tiernos y lánguidos estados, sino de envolver al Nuevo Mundo entero, en una espantosa anarquía..."

Todos estos recelos del Libertador acláralos Mons. Navarro, asegurándonos que:

"...tales apreciaciones no significan en Bolívar una expresión de anticlericalismo sino la expresión muy justificada del temor que entonces le embargaba de que todo elemento español, y particularmente el eclesiástico, que se trasladase a América, vendría a obstaculizarle en su



plan irrevocable de independizar estos países" 15.

La posición antagónica a la independencia por ciertos elementos de la Iglesia, venía reflejándose de algún tiempo a esta parte. Así lo atestiguan, por señas, la circular incontestable y reservada del Illmo. Arzobispo y Metropolitano de Caracas y Venezuela, Narciso Coll y Prat, carta a los curas y vicarios de la diócesis, requiriéndoles información sobre las personas que tuviesen estampas, figuras, libros o papeles prohibidos, ya que se suponía "que aquéllos lo sabrían por el acto de confesión de sus feligreses" 16. Ahora, en la confusión, en el terror y el llanto, para la mayor turbación de la infortunada Venezuela, se levantaba arrogante y autoritaria, la voz de predicadores por el estilo del Presbítero Dr. Rojas Queipo, que en Valencia incitaba denodadamente contra el patriotismo, y que empleaba contra la causa americana las armas del fanatismo, más terribles que las del ejército de Monteverde" 17.

La oposición sistemática de ciertos elementos eclesiásticos culmina, sin embargo, en la pastoral del 15 de octubre de 1812 promulgada por su Illmo. el señor Arzobispo cuya autoridad era suprema e inconfundible. En ella atribuíase el terremoto nada menos que a la manifiesta ira de Dios, el Ser Supremo que descargaba parte de los azotes terribles que tenía bien merecido el pueblo venezolano "por todos los vicios y el más escandaloso libertinaje en materias de costumbres y opiniones..." 18

Aunque el edicto no va franca y directamente al asunto, conclúyese por inferencia que el cauto prelado ataca los ideales republicanos, los motivos de independencia, anatematizando de "fraude, usura, monopolio, intrigas, partidos y facciones, concubinatos, prostituciones, infanticidios y vergonzosos desórdenes".

Fué muy natural y lógico que tamaño edicto fuese gustosa y extremadamente bien recibido y aplaudido por Monteverde quien, en calidad de supremo gobernante de Venezuela, sugirió intencionadamente al Arzobispo el prescribir que los curas y vicarios de la diócesis se subscribiesen a la *Gaceta de Caracas* para con ello contrarrestar "las falsas y absurdas máximas" del "gobierno faccioso" por cuanto a los feligreses les incumbía irrecusablemente, conocer la verdadera doctrina, la política y equitativas operaciones de su administración 19.

La reacción ineludible de Bolívar, por otra parte, fué la de tomar medidas terminantes, andando el tiempo: la Junta de Cartagena habíale reconocido su innegable talento de competente visionario, y a la vez aceptaba sus ofrecimientos militares que culminaron en persistente campaña de liberación de Venezuela. Hizo su entrada triunfal en Caracas en los primeros días del mes de agosto de 1813, tercero de la independencia y primero de la guerra a muerte, según se decía 20. Este acontecimiento hubo de suceder positivamente el 6 del mes en cuestión ya que en carta a la comisión político-militar del Supremo Congreso de la Nueva Granada, fechada el 8, dice: "Dos días hace que he tenido la dulce satisfacción de estar en medio de las ruinas de esta ciudad..." Todo fué jubileo en extremo, agasajos y atenciones; Bolívar se hallaba en un estado de agitación inefable. Tanto fué así que, a tiempo de cerrar esta carta, hubo de mancharse el pliego, pero con todo, se transmitió ya que la premura del tiempo no le permitía dilaciones 21.

Que el futuro *Libertador* no había olvidado "ajustar cuentas" con el célebre Arzobispo, revélalo las demandas que se le hicieron. El 7 de agosto se le pide "razón circunstanciada del número de los curas párrocos propietarios que hay en los pueblos...; tiempo de su ingreso al que actualmente sirven; del de los coadjutores o ecónomos; a quiénes substituyen y desde cuándo, y el de los interinos con razón de sus propietarios, y el tiempo que ha están separados..." 22 Tres días después, el 10, se le advertía al Arzobispo:

"No es ya el tiempo de burlar las disposiciones gubernativas, y todo el peso de la ley caerá sobre los infractores. En consecuencia animando a las órdenes de V. S. Illma. el mismo espíritu, intíme V. S. a todos los párrocos, predicadores y confesores de la arquidiócesis expliquen semanalmente los justos principios de la emancipación americana, persuadan la obligación de abrazarla y defenderla al precio de los intereses y de la vida, precavan a los sencillos contra la seducción y los conatos de los perturbadores, y que sobre todo presten cuantos existen bajo la protección del gobierno, la correspondiente cooperación a sus miras que aquel que en semejante acto (de la confesión) tratase de extraviar la opinión política que sostiene al presente

gobierno, por el mismo hecho quede suspenso de sus funciones" 23.

Las anotaciones al margen indican que Coll y Prat no perdió tiempo en cumplir con este requerimiento de Bolívar. Empero, la conducta del Arzobispo no acertaba a corresponder con el tino y prudencia que se esperaba. Juzgamos, porque el 19 del mismo mes de agosto, el ministro del Despacho, Rafael D. Mérida, a instancias del *Libertador*, transmitió a Coll y Pratt un oficio de carácter candente y terminativo que merece conocerse en su totalidad:

"Mientras gobernó estas provincias el intruso capitán general Monteverde, V. S. Illma. no sólo contribuyó a la opresión de los americanos, al aprobio y vilipendio de los amantes de la libertad, al conflicto de tantas familias, que errantes por todas partes lloraban sin consuelo la triste suerte de sus maridos, padres, hermanos y deudos; sino lo que es más, que en los últimos momentos de su mando, y con el designio expreso de perpetuar la tiranía, publicó una pastoral concebida en términos muy depresivos y vilipendiosos del nombre americano. En ella insultó V. S. Illma. al virtuoso clero y habitantes de Venezuela. No dudó tampoco tratarlos de irreligiosos atribuyéndoles crímenes tan detestables que referirlos sería insultarlos de nuevo. Y, en fin, quiso convencerles de que sus miras a la independencia eran delirantes; que sólo un gobierno monárquico debía gobernarles; con otras proposiciones que vertidas por personas de menos representación, estarían ya escarmentadas con el último suplicio.

El general en jefe tiene a la vista esta pastoral y también a los que altamente claman contra ella y piden la vindicación. Por lo que a S. E. toca, le son muy despreciables estos serviles recursos de los españoles; mas no puede ver con indiferencia las acusaciones que contra V. S. le hacen como enemigo público de nuestra causa. Haciendo justicia tomará, sin duda, provisiones las más serias, si V. S. Illma. no se propone satisfacerlas por otra pastoral concebida en términos que los haga desistir de su propósito, y esto muy brevemente. De otro modo ni el general mismo responderá de la persona de V. S. Illma." 24

El lector no puede menos de sonreír piadosamente ante la posición tan dificultosa y comprometida en que llegó a encontrarse el muy digno Arzobispo. En una pastoral se favorecía decididamente a Monteverde y la monarquía; en otra a Bolívar y la causa republicana. La posición del prelado, de todos modos, se avenía en contemporizar ya que el *Libertador* mantenía en Caracas, para este tiempo, una supremacía que, si bien temporal, era sin embargo, la autoridad final e incuestionable. Coll y Prat accedió a las demandas de Bolívar dictando una pastoral el 18 de setiembre 25, esperándose fuese del agrado de Bolívar. Y lo fué. En ella se recomendaba "la observancia de la Ley de la Independencia dictada por el Congreso de Venezuela, igualmente que la obediencia al gobierno republicano". El prelado proclamaba ahora a los cuatro vientos que "las Provincias Unidas de Venezuela eran ya, de hecho y derecho, Estados libres, soberanos, independientes y

absolutos de toda sumisión y dependencia de la corona o sus apoderados o representantes".

Una vez ocupada Caracas, serios problemas confrontaban a Bolívar, uno, entre los de consecuencias, concernía el ganarse la voluntad y la cooperación del clero, necesariamente vía la persuasión. El *Libertador* proponíase ahora, se nos asegura, crear una opinión pública que reflejase los altos y sublimes ideales de la Revolución ya que la máxima tarea que se impuso para toda su vida fué, la de engendrar y moldear una conciencia americana 26.

En la serie de hechos que se siguen, pasa Monteverde de la escena y entra Boves, el singular carnicero, como se le estigmatizaba. Y en medio del estado tan gravitoso, alejóse hacia Valencia nuestro Arzobispo. Desde el Cuartel General de San Mateo, Bolívar le excita volver a la capital; le precave a S. Illma. cuán sensible le sería se viese envuelto en alguna catástrofe, y expresa el ansia de "ponerle a cubierto de todo insulto por los enemigos del sosiego y de la religión santa de Jesucristo"; en fin, que sus cuidados no calmarían, ni el clamor de los habitantes de Caracas que tanto anhelaban su presencia cesaría hasta no verlo de nuevo en su seno 27. Este oficio lo firma el Ministro Rafael D. Mérida quien, también a instancias de Bolívar, había redactado la admonitiva carta ya citada. Empero, cabe notar, como ha sido señalado, que el lenguaje de esta vez no es tan amenazador ni tan irrespetuoso 28; todo lo cual demuestra en manera inconcusa, la poca animosidad hacia la persona del Illmo. Arzobispo; porque a todas luces, el espíritu de la Revolución, los pareceres, opiniones y dictámenes de sus dirigentes no iban contra los principios imperecederos de la Iglesia, mas sí contra el sentir y pensar de cierto número de sus representantes, aquéllos que decidida y manifiestamente se mostraban antagónicos a las nuevas ideas. Recuérdese que el contrario, por su parte, no se eximía de perpetrar sus insultos, vejámenes y crímenes como uno de los tantos cometidos por Morillo al expulsar de la Nueva Granada a impertérritos clérigos y sacerdotes que habían incurrido en el "grave delito" de ser patriotas 29. Y para comprobar que aún prevalecía una firme adherencia a los principios sagrados por parte de los de acá, con alguna que otra restricción, desde luego, échese una ojeada al acuerdo que hubo de dictar el Gobierno de Cundinamarca el 30 de octubre de 1813. Fué su definitivo propósito precaver que, abusando de la libertad, se atacasen los dogmas de la religión cató-

lica y se burlasen los objetos del culto. Sigue la resolución: "Los ciudadanos que blasfeman contra los augustos ministerios de nuestra religión, que ridiculizan el culto y que dicen que todo es invención humana de un legislador y no de un Dios eterno, son unos hijos bastardos que destruyen las leyes fundamentales de la sociedad" 30.

(Seguirá en la entrega próxima)

NOTAS:

1. Lacroix, Perú de, *Diario de Bucaramanga*, edición acrisolada de Mons. Nicolás E. Navarro, Caracas, 1949, p. 89. (Se indicará en adelante: *D. de B.*)
2. *D. de B.*, pp. 159-163.
3. *Cartas del Libertador*: 10 Vols., edición de Vicente Lecuna, Caracas, 1929; Vol. IV., pp. 337-338.
4. *D. de B.*, p. 66.
5. *D. de B.*, p. 129.
6. Blanco y Azpurúa, *Documentos para la Historia de la Vida Pública del Libertador de Colombia, Perú y Bolivia*, XIV Vols. Caracas, 1875, Vol. XIV. p. 472. (Se indicará en adelante: *Documentos*).
7. *Documentos*: Vol. XIV. p. 463; *Cartas*: Vol. IX. p. 411.
8. *D. de B.*, p. 217.
9. Díaz, José Domingo, *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*. Madrid, 1828, pp. 38-39.
10. Navarro, Nicolás E., *La Política Religiosa del Libertador*, Caracas, 1933. (Se indicará en adelante: *La Política Religiosa*).
11. *La Política Religiosa*: pp. 33-34.
12. Masur, Gerhart, *Simón Bolívar*, Albuquerque, Nuevo México, 1948, p. 157.
13. *Cartas*: Vol. I pp. 31-57.
14. Véase *Documentos*: Vol. II. pp. 718 y siguientes.
15. *La Política Religiosa*: p. 7.
16. *Documentos*: Vol. III. p. 714.
17. *Documentos*: Vol. III. p. 724.
18. *Documentos*: Vol. IV. pp. 90-98.
19. *Documentos*: Vol. IV. p. 117.
20. *Documentos*: Vol. IV. p. 687.
21. *Cartas*: Vol. I. pp. 55-57.
22. *Cartas*: Vol. I. p. 55.
23. *Cartas*: Vol. I. pp. 57-58.
24. *Documentos*: Vol. IV. pp. 703-704.
25. *Documentos*: Vol. IV. pp. 726-729.
26. Masur, *Op. Cit.*: p. 188.
27. *Documentos*: Vol. V. p. 69.
28. *Documentos*: Vol. V. p. 535.
29. *Documentos*: Vol. V. pp. 559 y siguientes.
30. *Documentos*: Vol. V. pp. 11-12.

CASIMIRES INGLESES "FISCHER"

100% lana - Enorme surtido

ALMACEN CASTRO Y QUESADA

Teléfono 3275

Sinfonía de la silla eléctrica

Por Manuel CRESPO

(En Rep. Amer.)

Entre 8 y 4 minutos y 8 y 11 minutos de la noche del 19 de junio de 1953, aniversario 14 del matrimonio de Julius y Ethel Rosenberg, murieron éstos quemados en la silla eléctrica de la cárcel de Sing Sing, Ossining, New York. Todo ocurrió para dar exactitud cronométrica y cronológica al suceso. Los números hacían temblar el aire y la muerte venía. En otras partes del país, a las 8 y 4 de la noche y a las 8 y 11 de la noche del 19 de junio, salían trenes de las estaciones o llegaban autobuses a los terminales. En Sing Sing, la eficiencia mecánica y la eficiencia de Estado, juntas movían, con diferencia de minutos, primero el vagón donde viajaba Julius Rosenberg y, luego, el más pequeño de Ethel Rosenberg, su esposa. Estos vagones salían para la muerte. En aquellos trenes o autobuses, John y Mary, Jack y Peggy iban de *week-end* a la playa, o arribaban, en viaje a las montañas.

La escarcha en los vagones donde viajaban Julius y Ethel Rosenberg hacía crujir los ramos, mojaba los adioses, rasgaba las plegarias que el mundo habíales mandado en el aniversario 14 de su boda.

Gritaban las maldiciones en el vagón de Julius Rosenberg. Gritaban las maldiciones en el vagón de Ethel.

El espionaje les vaciaba, como sal, en las entrañas. El espionaje les cocía las entrañas.

1928. Sacco y Vanzetti. Entonces hubo bombas. Explotaron bombas. Hubo miembros desparramados en una calle de Boston. Esta vez no hubo bombas, hubo diseños de bombas entregados al enemigo, que no era, que sería. "Crimen de traición", se dijo. El "Hoy" gritaba: "traición". "Traición", "traición", "traición", gritaba el "Mañana", gritaba el "Pasadomañana". Crimen perfecto, crimen tridimensional, de espacio y tiempo e historia.

Los jueces. Los jueces eran 9. 6 dijeron: "Muerte!". 3 dijeron: "¡Que la Vida sea escuchada de nuevo!" Un juez entre ellos, el juez Douglas, que había escalado el monte más alto de Turquía, en final recurso, al Tribunal dijo: "En estas cámaras falta aire y hace falta luz". Los jueces se reunieron. Tres veces los jueces se reunieron. "¡Muerte!", "¡Vida!", "¡Muerte!", "¡Vida!" —se oía en la sala de los jueces. Al otro lado del mar, el Papa lloraba. A este lado del mar, Einstein, el Sumo Sabio, decía: "¡Clemencia!". "¡Clemencia!" resonaba entre los muros de la Tierra. Los oídos de Julius y Ethel Rosenberg no podían más: "¡Inocentes!", "¡Malditos!", "¡Inocentes!" "¡Malditos!" Los pequeños Rosenberg, Michael y Robert, oían todo esto, veían todo esto, pegados a la radio y al telón lumínico de la TV, en su hogar, a la otra orilla del Hudson, cuyas aguas, al frente, lamen las rocas de la cárcel de Sing Sing.

Los números estremecían el aire y la muerte se venía.

Los espías Rosenberg, detrás de las barras, repetían: "¡Somos inocentes!", "¡Somos inocentes!", "¡Somos inocentes ante Dios y los hombres!"

Se hizo el silencio. El mundo se apegó a las radios, ajustóse los audífonos... Y esperó. Sobre la Casa Blanca revoloteaban las palomas de junio, las ardillas cascaban

nueces en los jardines de la Casa Blanca. De pronto, se hizo al aire la voz. El Jefe de la Nación-Más-Poderosa-de-la-Tierra anunciaba:

"Los Rosenberg pueden haber condenado a la muerte a decenas de millones de personas del mundo entero. La ejecución de dos seres humanos es un hecho grave. Pero mucho más grave es pensar en los millones de personas cuya muerte podrá quizá atribuirse a lo que han hecho estos espías".

Los números comenzaron a girar. Volaban, en la cárcel de Sing Sing, las poleas, las bandas volaban. Las agujas eléctricas se agitaban locas.

Exactamente 5 minutos de comenzado el Sabbath, Julius Rosenberg primero, Ethel Rosenberg luego, entraron a la Cámara de la Muerte. Noche del 19 de junio de 1953, aniversario 14 de bodas. Los relojes de la cárcel esperaron. Las agujas eléctricas esperaron. En el vagón, Julius Rosenberg esperaba. El instantero marcó: 8 y 4 minutos de la noche. En otras partes del país, trenes o autobuses, salían o llegaban, cargados de parejas, rumbo a la playa o las montañas, o de regreso de ellas, a las 8 y 4 minutos de la noche. En la cárcel de Sing Sing, a orillas del Hudson, en cuya otra ribera los pequeños Michael y Robert Rosenberg pegados estaban a la radio, tres descargas eléctricas de 2.000 voltios — *doos* — *doos* — *doos* — movían el vagón en que Julius Rosenberg partía hacia la muerte. El rabí Koslow lo veía partir, y leía el salmo 15. Lo veía partir, y leía el salmo 31.

Los números volaban vertiginosamente. Pasados 7 minutos de las 8 y 4, a las 8 y 11 en punto de la noche, 5 descargas de 2.000 voltios — *doos* —; a los 3 segundos: *doos*; a los 57: *doos*; a los 57: *doos*; a los 57: *doos*, movían pesadamente, con ser más ligero, el vagón donde viajaba

Lic. Aníbal Arias R.

Abogado y Notario

Apartado 2352

San José. Costa Rica

Dr. E. García Carrillo

CARDIOLOGIA (Radioscopía y Electrocardiografía), METABOLISMO, VENAS VARICOSAS.

Sus teléfonos: 1254 y 3754

Ethel. El rabí Koslow la veía partir, y leía el salmo 15. La veía partir, y leía el salmo 31.

En tanto la mente de los hombres, en los pueblos todos, devanándose entre la conciencia jurídica y la conciencia histórica, entre el "es" y lo que "puede ser"; en tanto su corazón buscaba camino entre la noche de la ley y la noche de la piedad, los vagones de Julius y Ethel Rosenberg corrían, corrían, corrían, separados, por las rutas de la muerte. Una gorrita blanca le protegía del frío a Ethel. Un chal de oraciones con hebreas letras cubría los hombros de Julius Rosenberg. La escarcha golpeaba los vidrios. Los ramos adentro, las súplicas, los adioses, las plegarias crujían. Los cohetes de las maldiciones estallaban en la noche.

El vagón de Julius, el vagón de Ethel, corrían, corrían, corrían por las rutas de la muerte.

Bogotá.

Tercer domingo de junio de 1953.

223 Christie Street

(En Rep. Amer.)

Todas esas personas familiares con la monstruosa ciudad de Nueva York estarán de acuerdo conmigo cuando le doy el calificativo de monstruosa. Aún los neoyorkinos empedernidos, cuya vida cesaría si se les forzara a vivir lejos del formidable traqueteo del "subway" y del incógnito absoluto en que viven en medio de esa gran masa de humanidad, que corre y corre, me darán la razón de llamar a Nueva York la ciudad monstruosa por excelencia.

Pero aquí, a pesar de todas las cosas que hacen sufrir y despedazan la sensibilidad humana, milagros increíbles siguen a las maravillas materiales de este siglo de ciencia y tecnología. Y en 223 Chrystie Street uno de esos milagros se ha estado desarrollando desde hace 20 años en medio de la suciedad y del desperdicio humano de la cultura neoyorkina.

223 Chrystie Street, conocida por los borrachines de la Bowery por el nombre de "Saint Joseph's Hospitality House", en donde a diario, a pesar de la inmensa prosperidad con que la guerra ha regalado a los Estados Unidos, hacen línea para recibir

pan y sopa por lo menos 300 personas en necesidad y en hambre. Aquí se cuida con amor a 45 personas de los miles que existen en el país más rico y próspero del mundo, cuya civilización y vida comunal, egoísta, ha roto el balance tenue que mantiene la mente y el espíritu sanos, y las ha convertido en desperdicios humanos. Y aquí también vive un grupo de cristianos católicos que predicán y viven la pobreza voluntaria a la San Francisco de Asís, y la práctica de la caridad y el servicio al pobre a la San Vicente de Paul, como los únicos medios de obtener la paz. Esa paz de la que mi generación no ha gozado nunca.

Mi primer contacto con el Catholic Worker Movement, como es conocido este grupo por estos lados, la tuve a través de la autobiografía de su líder, Dorothy Day.* Más tarde, gracias al énfasis dado en Haverford College, en donde acabo de obtener mi título de Master of Art in Social and Technical Assistance, de poner en contacto personal a los estudiantes con las perso-

* *The Long Loneliness*, by Dorothy Day,

nas más distinguidas en el campo político, científico y religioso, tuve la dicha inmensa de conocer personalmente a Dorothy Day. Inmediatamente una dulce amistad entre la maestra que conoce el camino, y la discípula todavía perdida en el laberinto de conocimientos aún no digeridos ni incorporados a la fuente interna de la vida, se desarrolló. Y al terminar mis estudios en Haverford, me fué dado compartir en la vida de servicio y de amor con que este grupo expresa sus ideales y principios.

Las personas que constituyen la fibra vital del movimiento, son intelectuales familiarizados con las más avanzadas ideas de nuestros tiempos. Sin embargo, han logrado mantener sus dogmas y experiencias religiosas en una forma prístina y sincera. Y de esta verdadera vida espiritual han sacado las fuerzas necesarias y la alegría intensa con que persiguen esa idea sublime de realizar en este mundo, aun en Nueva York, el reino de los cielos.

En el periódico que mes a mes circula por los Estados Unidos, "The Catholic Worker", y que es leído por un público lector de más o menos 60,000 personas, en su mayoría intelectuales de todo tinte religioso, además de popularizar sus principios, llevan la lucha de ideas a todos los rincones del país. Recientemente, después de recorrerse todos los Estados Unidos, en su peregrinaje anual, viistando los campos de trabajadores agrícolas mexicanos, Dorothy publicó una serie de artículos denunciando la forma en que no solamente los "wet backs", o esos que entran ilegalmente en tierra estadounidense, sino aun esos trabajadores traídos bajo contrato, son explotados. Sus descripciones de los campamentos en que son alojados, tienen un sabor similar a esas que Charles Freer Andrews, el misionero inglés amigo de India, de Gandhi, y de Tagore, dió al principio de este siglo sobre los campamentos de trabajadores indios en las plantaciones de azúcar de la isla de Fiji.

Injusticias cometidas de toda forma son condenadas en las páginas de este pequeño periódico, y lo que es más importante, planes y medios para combatirlas aparecen en el "Catholic Worker", llamando a toda persona de conciencia a enlistarse en la lucha.

Como Gandhi, este grupo cree en el principio de "ahimsa", es decir, en la conquista del mal a través del amor y la no-violencia. Y como el ejército de "satyagrahas" gandhiano, ellos también viven una vida de pobreza y de purificación espiritual que asombra y deja su marca permanente en todas aquellas personas que tienen la oportunidad de ponerse en contacto con ellos aunque sea por un corto tiempo.

Durante mi estancia en 223 Chrystie Street pude ver el enorme grupo de personas de todas clases y religiones, que pasan por la humilde casa en donde el milagro de encontrar personas que en medio de una sociedad en que las riquezas materiales parecen ser las únicas que valen, ellos viven en pobreza voluntaria, rehusando comprometer sus principios, y creyendo con un gran optimismo, que es posible establecer el reino de los cielos entre nos.

Predican asimismo el regreso a la tierra. Ellos toman esta idea en su forma literal. Pero al mismo tiempo la usan como un símbolo en que se encarna todo el contenido del regreso a una vida simple, de verdadera comunidad, sin la animosidad total que impide el contacto personal e íntimo

entre seres humanos, y que nos hace ver en el vecino, no al individuo que lleva en su ser la marca del Creador, sino solamente una manifestación del concepto abstracto "humanidad" o "masa".

He dado aquí un resumen corto de lo que constituye el idealismo básico del Catholic Worker Movement. Tal vez en mi infinita ignorancia he omitido algunos aspectos de importancia. Pero aún consciente de estas limitaciones, siento que es un deber dar a conocer la existencia de tal grupo, en esa Centro América nuestra en donde hemos perdido el hábito de vivir nuestros propios ideales. En donde se tiende a ver con menosprecio a esos seres que viven sinceramente una vida del espíritu, cuando no están vestidos con sotanas o hábitos de cualquier género, o cuando les falta la aureola de los bienes materiales. Es por esta razón que he dicho en un principio que en Nueva York se operan milagros. Los pobres voluntarios del Catholic Worker son respetados por su integridad moral e intelectual. Hace algunos meses *The New-*

Yorker, la revista sofisticada que describe más acertadamente la cultura neoyorkina, publicó un completo y respetuoso "profile" de Dorothy Day.

Así, pues, en Nueva York, el milagro de producir personas que no se avergüenzan de tener una vida espiritual no desligada de la vida diaria, en que cada pequeño acto lleva la marca de su idealismo, aún ocurre. La esperanza de algún día ver tal milagro en tierras de Centro América me ha revivido, y sueño con ver surgir entre nosotros personas capaces de poner en la solución de nuestros problemas, amor, integridad, verdadero sentido religioso. Y esta esperanza me ha dado el valor de escribir estas líneas en que trato de dar una idea sobre este grupo que se ha impuesto la tarea inmensa de acercar el día en que la humanidad pueda vivir en paz, liberada de sus miserias.

Carmen MORAN.

Tassajara Springs.
Agosto 4 de 1953.

La cita con la Patria

(Por el Prof. Baltasar ISAZA CALDERON)

(Es un recorte de *La Estrella de Panamá*, del 26 de agosto de 1953).

El gobierno de la República, a la altura de nuestros primeros cincuenta años de vida independiente, ha planteado en buena hora, con patriótico afán, la necesidad de obtener una revisión integral de las relaciones contractuales que, en virtud de la construcción y funcionamiento del canal interoceánico, nos mantiene en estrecha vinculación con la gran potencia del norte. Al proceder así, se hace intérprete de las aspiraciones nacionales, que claman por una mayor equidad entre las vastas concesiones otorgadas y las compensaciones a que tiene muy justo derecho el pueblo panameño.

Tales demandas se presentan en un momento histórico a mi modo de ver de suma oportunidad. Disiento de quienes sostienen que habría podido escogerse otro mejor, procurando avizorar el clima favorable que ellas pudieran encontrar en las esferas oficiales de Washington. Aparte de que no está probado, ni mucho menos, que tras la cortesía diplomática haya indicios de signos adversos, no creo que los panameños debamos, en ninguna circunstancia, dar por inoportuna la hora de nuestros reclamos. Si ellos nacen de una conciencia nacional profundamente lacerada, que desde el advenimiento mismo de la República viene acicateándonos ante la comprobación de que fuimos objeto de una burda traición por parte de un imprudente negociador extraño, no es justo ni razonable que nos imponamos un desistimiento en el obrar, dando por descontado de antemano que las gestiones pueden no resultar satisfactorias para nuestro patriotismo adolorido.

Los panameños, ahora y en todo momento, mientras no cambien radicalmente las circunstancias sobremanera lesivas para nuestra dignidad e interés nacionales, envueltas en el Tratado de 1903, necesitamos elevar nuestra voz, sin estridencias pero con firmeza, irguiéndonos sobre la condición de pueblo débil y a pesar de ella, con el convencimiento pleno de que se nos debe una reparación cuyo otorgamiento de-

berá venir inexorablemente, si no ha de ser mentira para halagar incautos, la especie circulante hoy en el mundo de que se impone, si queremos aliviar las desgracias de la humanidad, un sistema de trato entre naciones que coloque a un lado la pequeñez física para hacer triunfar sobre la fuerza el imperio del derecho.

Adviértase, por otra parte, que no puede haber ocasión más oportuna que la del cincuentenario de la República para hacer valer nuestras demandas. La personalidad panameña ha cobrado a estas horas unas características que la colocan a considerable distancia de la humilde resignación con que nuestros próceres hubieron de enfrentarse ante el convenio firmado alevosamente por el negociador foráneo. Han desaparecido también las complicidades de los políticos afanosos de llegar al poder, olvidándose de la dignidad nacional, que mandaban a Washington un humillante requerimiento de intervención para ganar elecciones. Condenados están definitivamente sus proceder reprobables e indignos. Borrados para siempre, duramente aleccionados, de nuestro código institucional, la cláusula que hacía posible la consumación de tales desafueros.

Es lo probable, por cierto, que la nación haya dado un vuelco radicalísimo, desde las resignadas actitudes de un principio, seguidas de la claudicante complicidad de los políticos intervencionistas, hasta las afirmaciones de rotundo nacionalismo, con sus puntas de agresividad, que hemos presenciado en los años últimos. Pero todo ello es muy explicable: en el movimiento pendular que se produce con bastante frecuencia en la vida de los pueblos, una posición inicial de condescendencia puede llevar fácilmente al extremo contrario: la más violenta represión condenatoria.

La política de los Estados Unidos del Norte con respecto a Panamá no ha tomado en cuenta, como debió hacerlo con alguna dosis de sagacidad en la comprensión de nuestro desenvolvimiento histórico des-

de la Independencia, que los supuestos de esa política, basados en la posibilidad de mantener indefinidamente en el Istmo una actitud de sometimiento a causa de nuestra débil condición, sumada a la escasa capacidad de oponerles una robusta defensa, de suficiente poder como para inclinar la balanza en favor de la causa panameña, tocaban ya sobre terreno falso y era preciso adoptar fórmulas adecuadas a las nuevas circunstancias.

Pero hay algo más: esa política de los Estados Unidos frente a Panamá ha partido también de una radical equivocación: la de dar como bueno y aceptable, para mantener a toda costa sus puntos de vista, el Tratado de 1903, repudiado con tan visible repugnancia por los panameños todos. Una comprensión inteligente del problema habría exigido, por parte de la gran nación del norte, el razonamiento orientador de que sobre la base de las onerosas condiciones impuestas a nuestro país por el convenio en referencia, nunca podrían contar con un clima favorable en Panamá para pedir cordialidad y trato amistoso. No se puede solicitar a un pueblo lesionado por tan grandes agravios que demuestre abierta simpatía hacia la nación que le hace sentir, a cada momento, el peso de concesiones arrancadas con grave desgarramiento de su dignidad e intereses vitales.

Cuando se han suscitado en Panamá manifestaciones de nacionalismo exacerbado, calificadas en Norteamérica de hostilidad hacia ellos, en realidad no estaba obrando en la actitud de las nuevas generaciones, responsables en gran parte de estos brotes de exaltación, sino el fermento psicológico acumulado en largos años de trato desigual con los Estados Unidos, que ha provocado, como es natural, un desequilibrio emocional en el patriotismo dolorido de los panameños, sin que se advierta en la otra parte una creciente disposición en el sentido de hacer desaparecer radicalmente las causas de tales desajustes, con el fin de crear el clima propicio a un entendimiento cordial.

No es odio ni hostilidad contra los Estados Unidos lo que existe, como estado latente, en el ánimo de los panameños, sino el sentimiento de la frustración y el resquemor producido por el despojo. Ellos habrán podido comprobar, con todo, que este pueblo es noble y generoso; que cuando se le trata con decoro y recibe demostraciones evidentes de buena voluntad por parte de otro, reacciona en forma inequívoca, con gratitud y sinceridad. Y prueba mayor aún de que ello es así la tienen los Estados Unidos de Norteamérica en el hecho notorio de que nunca han encontrado en los hijos de esta tierra enemigos ni elementos hostiles que hayan hecho peligrar en forma alguna la magna obra del canal.

Se desprende de todo lo anterior que la política norteamericana con respecto a Panamá necesita con urgencia remover los obstáculos interpuestos en las relaciones de una nación y otra, para ganar en el pueblo panameño el mejor de los aliados, el más generoso de los colaboradores.

El Presidente Remón, actuando patrióticamente al plantear en forma franca el problema, y los negociadores panameños que en estos momentos se disponen, asumiendo la representación de los anhelos de sus compatriotas, a emprender una gestión de la cual pende en gran medida el futuro de la República, pueden abrigar la seguridad de contar para ello con el res-

paldo consciente y unánime de todos los ciudadanos e instituciones nacionales representativas.

No otra cosa cabe esperar de la *cita con la patria* que con tan buen acuerdo se ha concertado para despedir a los negociadores, hombres jóvenes, como el propio Presidente Remón, en quienes la conciencia de la nacionalidad ha madurado durante el transcurso de nuestra vida republicana, empapándose del hondo dramatismo de los problemas panameños y sintiendo agudamente la necesidad de procurarles una solución digna.

Esperamos que el gobierno y el pueblo de los EE. UU. de Norteamérica, haciendo valer ante el mundo su fe en los postula-

dos democráticos que defienden ahincadamente, junto con el derecho de los pueblos débiles a ser escuchados en pie de justicia y equidad, sabrán atender los clamores de este pequeño país en un plano de comprensión elevada y justiciera. De tal modo afirmarían ante la conciencia mundial, con una autoridad moral que de buen grado y merecidamente sería preciso reconocerles, la imponderable misión que la balanza del poder ha colocado en sus manos, de señalar rumbos a una buena cantidad de las naciones del orbe, en esta hora de dramáticos estremecimientos que vive la humanidad.

Panamá, 26 de agosto de 1953.

El cultivo de la tierra

(En Rep. Amer.)

EL DESMONTE

I

En los primeros meses del Estío, el rudo agricultor tala los montes, en unión de labriegos que le prestan la fuerza de sus brazos musculosos.

Carente de recursos pecuniarios, recurre al sistema de las "juntas", para poder cultivar así la tierra que ha de dar el sustento de su vida.

Cooperan los amigos; la mutua ayuda hace posible que el pobre campesino pueda realizar sus agrícolas labores y prosiga bregando en su camino...

Es el día de la "junta"; en la granja los peones se aprestan a la labranza y después de un copioso desayuno desfilan jubilosos y sin tardanza.

Se inicia el desmonte; los labriegos derriban altos árboles y malezas y —tras ímprobos luchas, sin sosiegos— alcanzan ver cumplidas sus empresas.

LA QUEMA

II

Marzo —con su canícula imponente— es el tiempo apropiado de las quemas y por eso el labriego competente se esmera porque salgan siempre buenas.

Con algunos vecinos y su gente —habiendo antes hecho guardafuegos— el labrador experto y diligente cual un grato solaz efectúa el fuego.

Prende el monte en todo su contorno; el voraz incendio en poco extingue las grandes palizadas y hojarascas y deja el campo entonces limpio, libre.

Montones de cenizas ahora quedan en la gran-queda del bosque inmenso pero, tan pronto ese fuego ceda, el plantador despejará su huerto.

Está ya el campo de cultivo listo; sólo espera abril propio, ameno, cuando la Diosa lluvia riega amante las linfas refrescantes de su seno.

LA SIEMBRA

Abril, con su invierno tenue-prodigioso, ha inundado los suelos por doquiera y a su influjo benigno y milagroso, demuestra su vigor la tierra entera.

Es el tiempo de siembras; en los plantíos el viejo agricultor ara las eras y en los surcos angostos de esa tierra esparce áureas semillas lisonjeras.

Cuida de que sus plantas se conserven libres de malas hierbas y de insectos, que sus bellos sembrados estén verdes y correspondan al fin a sus proyectos.

Con sus hijos, mujer y familiares, su mirada escudriña y se recrea en los pródigos huertos invernales que solícito atiende en su tarea.

Confía que han de darle la holgura y brindar la paz que tanto ansía; por eso les profesa gran ternura y consagra atención todos los días.

LA COSECHA

IV

La cosecha está próxima; agosto ha de volcar su cornupia en breve y regará por los extensos ámbitos el don divino de sus frutos de oro.

El sembrador prepara los paños que han de guardar la espléndida cosecha, y espera impaciente los labores del advenir agosto de esa fecha.

El sol baña de luz a los cortijos; la esbelta campesina hacendosa, cuida con fiel amor sus tiernos hijos y es la mujer sufrida, cariñosa.

El rústico labriego encanecido en las duras jornadas del trabajo al colectar el grano apetecido, se siente renacer en su destajo.

Ama la vida agreste y apacible, regida por la armonía del Universo, que hace al ser más digno, comprensible, mediante la virtud del propio esfuerzo.

Mauricio VERBEL G.
(Fausto)

Panamá, verano de 1953.

“La tierra de las Nahuyacas”, de Carlos Wyld Ospina

Nota crítica de Ofelia RODRIGUEZ ACOSTA

(En Rep. Amer.)

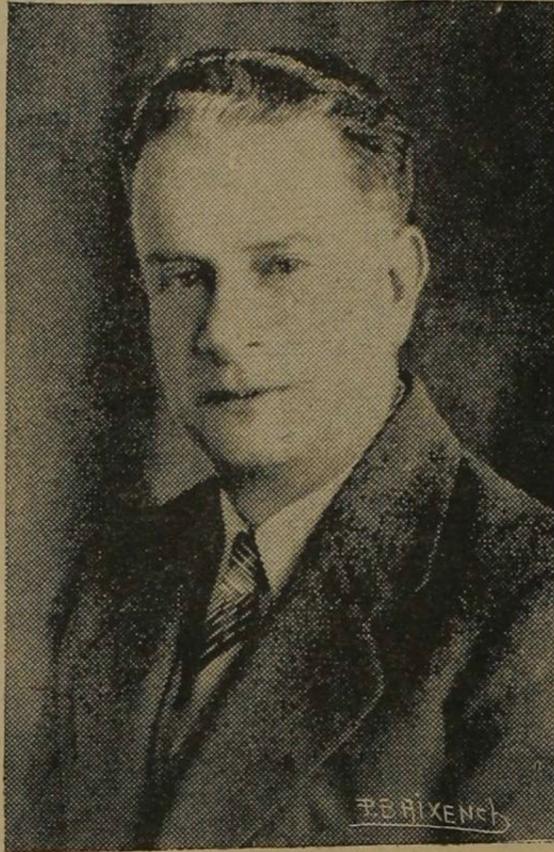
La autora de la siguiente nota crítica es Ofelia Rodríguez Acosta, gran novelista y escritora cubana, residente en la capital de México desde hace cerca de tres lustros. Escribe novela fuerte y fina a la vez, de forma realista y fondo psicológico. Creadora de caracteres profundamente humanos, conoce como pocos novelistas continentales, además de la técnica de ese difícil género, el complejo de los instintos, las pasiones y los sentimientos del hombre común y del hombre extraordinario. Son escasos los escritores que llegan a poseer un estilo propio: Ofelia Rodríguez Acosta pertenece a tal grupo de privilegiados; y su estilo es maravillosamente vibrante, colorido, ágil, rico de matiz y sutileza de tonos. Como característica superior, se advierte la tendencia dramática de su temperamento artístico, que encarna un sentido trágico de la vida y del destino humano.

Su nombre y su obra son extraños a esa gloriola que, de manera tan profusa y convencional, se prodiga en Hispano-América a tanta mediocridad literaria por cierta prensa inescrupulosa y baladí, y por la legión de “críticos” imprevistos, de manga ancha, que infestan el mundo de habla castellana. Pero esta singular autora es dueña, por derecho propio, de una alta reputación entre escritores auténticos y críticos de verdad. Y entre sus calidades intelectuales, precisamente sobresale su talento crítico, de excepcional delicadeza, aguda penetración y lejano alcance. El hecho es lógico, porque todo buen novelista encierra a un sagaz autocrítico, y por consiguiente, resulta un buen crítico de la producción ajena.

La producción bibliográfica de Ofelia Rodríguez Acosta no es muy extensa, pero es de calidad. He aquí la nómina de sus novelas: *La vida manda*, *Dolientes*, *El triunfo de la débil presa*, *En la noche del mundo*, *Sonata interrumpida* y *La dama del arcón* (muy bien recibida por la crítica y el público de Hispano-América). Acaba de concluir otra novela, próxima a publicarse, que acaso será el remate glorioso de su carrera literaria: *Hágase la luz*. Ha publicado además dos libros de crónicas y una conferencia: *La tragedia social de la mujer*; y es autora de un ensayo acerca del máximo José Martí. Algunas de sus obras fueron escritas durante su permanencia en Europa. Ha desempeñado honrosas misiones culturales en el extranjero, por encargo del gobierno de su país, Cuba la maravillosa.

* *

No empecé por su orden la lectura del libro. El cintillo de la frase que encabeza el segundo cuento, y que dice: “Esa cosa áspera que se llama la vida”, me hizo leer primero *La mala hembra*. Fuerte, espeso, pero ni perverso ni grosero. Su fuerza es virilidad, no brutalidad, y esto no obstante el tema. A través de todos sus relatos —vibrantes, bravos— el autor no puede (y seguro que no quiere) evitar la delicadeza en la crudeza. Yo creo que es porque él no enjuicia a sus personajes al escribir.



Carlos Wyld Ospina
(Julio de 1930)

*

Que, si no tiene tabús en literatura, tampoco tiene fetichismos. Jamás hace a sus protagonistas nauseabundos, aun cuando al trabajarlos como material humano, se muestra, como se dice en música, “fiel a la partitura”.

El secreto está —me parece— en dos orientaciones de su espíritu: una, por donde se marca su sentido estético, ese que puede descubrir tanta belleza en las Brujas como en la Maja de Goya; la otra, su ternura. Decir de su comprensión, consciente; de su piedad, subconsciente, no es decirlo todo ni exactamente. Es lo que en noblece comprensión y piedad: la ternura. Tanto en *La mala hembra* como en *Los dos*, Wyld Ospina no acaba por condenar a las féminas de su creación. (“Creación”, aunque puede existir alguna “modelo”). Aún más: el autor inhibe, elimina la moraleja convencional del lector, sea hipócrita, sea sincera. Para mí, eso es Arte. y eso es Hombre.

En la vida real no puede haber tratado mal a ninguna mujer, aun cuando mucho daño le haya podido hacer alguna. En sus historias, conduce a las mujeres con una amorosidad perdonadora, con un sentimiento de belleza sutil. Y lo curioso es que hay algo de eso también con los hombres, cuando se trata, por ejemplo, de un indio neto, sin adulteraciones de sangre o de ambiente. Recios, sus varones; duros para el trabajo y la honradez; sanos y enteros para el amor.

Los dos me dejó, me dejaron hondamente triste. Hasta dónde la terrible y extrañamente fascinante debilidad de la mujer —hiedra que vence al muro— puede desmoronar a un hombre tan cabal y tan fornido, dentro de él, como Manuel Abrasán. Una, mujer, siente cólera... y emoción. El encuentro final en el tren es admirable

de psicología, de atisbos en los detalles. Se reconcilia una con Flori, ya Florinda. Se enorgullece una —intelectualismo aparte— de Manuel, como si fuera de su propio hombre. Pero es tal la verdad de la vida que Wyld Ospina refleja y vierte en esas páginas, que se siente ruina y desolación... La nobleza, la probidad moral de los personajes, su rectificación humilde, humilde; los estragos físicos del tiempo, las valoraciones estoicas y tardías, los “mea culpa”, lo irremediable, todo, todo hiere de nostalgia, tristeza, impotencia... y dulzura rota y amargura resignada. Este cuento, traducido al inglés, al francés, al alemán, sin dejar de ser nuestro, americano nuestro, sería vida universal encarnable en toda realidad individual, en toda experiencia entrañable.

Ausencia total de literatura, de artificiosa explicación a modo de entendimiento o excusa, en Juan Barrabás, capaz de honradez por su hija; honradez que es quizá hombría. Salva siempre el autor la hombría en el macho... en bruto. Acaso no siempre. Por lo menos, me parece que no en Felipe Esquipulas, el único ladino, creo, el único bribón... de su pantalla. Se independizó de su creador. O éste se olvidó de sí mismo. Felipe le ganó el pleito. Entonces todo es breve, salvaje, brutal; pero no cruel, no morboso. El viejo Diego Simón es eso: brutal, bestial, obsesivo mental, cobarde; pero no es sádico, no es asesino. Para ser sádico tenía que ser una de dos cosas: o patológico... o civilizado. Tal parece que cuanto él odia es su vejez. Odia el vientre de la mujer, no su sexo. Su esterilidad senil es lo que aborrece. Es el testimonio lo que le deshonra y humilla. El concepto de macho, en esos hombres de la tierra, me parece el mismo o equivalente al de la fecundidad, como en Manuel Abrasán. De todas maneras, Diego Simón horroriza, pero Felipe Esquipulas repugna. Lo acepto, tal como está, en escritora, porque está bien hecho, difícilmente bien hecho. Bien hecho de asco, de base escurridiza, de degeneración. No la animalidad feroz del viejo escarnecido sino la eyaculación criminal: el criminal es el otro, Felipe Esquipulas. La mujer, aquí... ni es mujer ni es hembra. Para qué decir lo que es. Del escritor lo que hay que esperar, y desear, es que trate bien lo que escogió como tema. Y el acierto máximo de Wyld Ospina está en el realismo de sus situaciones, de sus relieves.

El estilo, en toda la obra, me deleitó sencillamente. Es limpio en su energía, como el escritor. Desapruebo en nuestros escritores iberoamericanos de hoy, en general, ese afán, que con lamentable harta frecuencia desahogan, del decir grosero y obsceno. Sí que a veces la “mala palabra” se impone en el tipo y en la ocasión. Yo misma lo hice, por dos veces, en *La dama del arcón*, por boca de Alberto, cuando se ve perdido, acorralado. Pero un hombre como él, en la circunstancia de verse atrapado, tiene que soltar una palabrota. Hoy se ha perdido toda noción de la medida. Muchos escritores de nuestra América expresan el alma, la personalidad, los instintos, lo genuino del carácter individual de nuestros pueblos y sus medios o ambientes: indios,

"Azor", el próximo libro de Juana de Ibarbourou

Colaboración de José PEREIRA RODRIGUEZ

(En Rep. Amer.)

I

En su libro *Perdida*, publicado en 1950, Juana de Ibarbourou señaló, sobre su anterior producción poética, superioridades y diferencias evidenciadoras de plenitud literaria. Es un libro otoñal, sin duda alguna, denso de contenido lírico; seguro y definitivo en su construcción estética.

En *Perdida*, la poetisa ya no canta como cuando, en *Las Lenguas de Diamante*, prometía ser "un escándalo en la barca de Caronte". Desde la señora torre de su acendrada poesía, contempla "el barco de la muerte" que asciende, fantasmagóricamente, "con las velas desplegadas". Está enlutado el niveo cisne de ayer. Se desmadeja en melancólicas reflexiones, la ardiente canción juvenil. El libro traduce el instante en que "todo se hace trágico y profético" en su canto, porque el tiempo, con su ceniza, ha ido esmerilando "las mágicas presencias" que, en el amanecer, la deslumbraron. En el momento a que hacemos referencia, Juana de América se encuentra como "perdida" en el mundo mágico de sus sueños; busca la ruta definitiva en "la profunda alba del secreto", y asiste, transida de resignación,

"...con inmóvil párpado,
al continuado juego de la muerte".

Quienes desconocen el espíritu, en constante renovación de Juana de Ibarbourou, creyeron, entonces, que entraba en el silencio aquella magnífica voz que, si no la más alta en el coro de Hispanoamérica, es, de modo incontestable, la más dulcemente femenina y la más tiernamente sentimental de todas cuantas resuenan hoy en el mundo de habla española. Olvidaban quienes así pensaron, aquello que ella misma confirma:

"Morir y renacer es mi ejercicio
en el sabio deleite del oficio".

Tras pocos meses de inactividad, el taller poético de Juana de Ibarbourou volvió a la alegría del canto. En las amanecidas

mestizos, negros, blancos, con un vocabulario insistentemente soez; y otra cosa: con el atiborramiento de los modismos y dicharachos, que nos hace ilegibles, ininteligibles los unos para los otros. Bien está, exacto es que se haga en el diálogo, en una situación grotesca, pero no cuando es el autor quien se expresa narrativa o descriptivamente, ni tampoco que en el constante hablar aparezca la constante desverguenza del léxico. Su alma india, la que siente Wyld Ospina, está entera, sin menoscabo, sin artificios ni exageraciones, en *La tierra de las nahuayacas*; y él no aplebea el lenguaje ni recarga los americanismos.

Para mí, este escritor tiene este valer y ese valor. Lo vernáculo, para él, no es lo adjetivo: es el sentido, la interioridad, la idiosincrasia o las características de los seres y de las cosas. No tiene miedo al bien decir castellano, para el buen entender de todos y de todo.

Mas lo que todavía me embarga el ánimo, es lo último que leí: *El manuscrito de*



Juana de Ibarbourou
(1953)

*

—que es cuando Juana de América, como una alondra mañanera, gusta escribir la canción de su poesía— sus ojos comenzaron a ver paisajes misteriosos, acostumbrados como estaban, desde niños, a imaginar mundos de ensueño hasta en las manchas de humedad de las paredes... Entre la abigarrada multitud poblada de seres inconsútiles que sus miradas vagabundas apresaban,

Fernán Avelino. Fueron unas horas, de la noche, inefables. Me dormí abrazada a mi ya lejana alma de niña. (Soy obediente al consejo de Rilke: regresar a nuestra infancia). Hubiese querido que esa narración hubiese discurrido interminablemente. ¡Hay tanta suavidad en ella, tanto encanto!

Me he extendido en esta nota como si conversara con el autor. Y me quedan muchas cosas por decir. Quiero referirme aún, aunque precipitadamente, al hondo sentido de la naturaleza que posee Wyld Ospina, a su sentimiento por ella. Releía algunas descripciones con calma, no obstante tirar de mí el argumento, con sus nervios vivos. El comienzo de *La mala hembra*, el valle... y no quería salir del valle. Esa naturaleza me recuerda la de mi Cuba: "sin fieras y con flores, sin peñascales ni agrias rocas: llana, fértil, fácil, echando el vaho femenino de su regazo"...

México, D. F., junio 19. 1952.
(Emparan 15, Dpto. 43).

ban, una figura alada dió en posarse en su mano... Venía del lejano medioevo donde la historia tiene aroma de leyenda. Era un ave de cetrería que semejaba haber echado a volar desde uno de esos antiguos gobelinos que decoran viejas salas esplendorosas en castillos de abolengo. Era un azor real, digno de figurar en blasón heráldico de escudo nobiliario.

Azor, como el adiestrado halcón altanero, se llamaría el libro futuro para centrar el tema polifacetado de los poemas nuevos. El azor real —así lo dice la tradición en que se va nutriendo la experiencia— el halcón domesticado, pierde su selvática crueldad, domina sus instintos salvajes y se hace dócil a su dueño, por obra y gracia de la disciplina a que lo somete el persistente adiestramiento. Todo esto, tan bellamente poético, presenta al azor, como símbolo y representación de altivez y fidelidad, a un mismo tiempo; de altivez, que es amor a la libertad en la delicia del vuelo; y de fidelidad, que es sometimiento al cazador en la sumisión venturosa del amor. Dualidad casi dolorosa que se muestra en la doble faz de la medalla de la vida: amor aprisionado y libertad prisionera.

Para la adopción del título simbólico de su próximo libro, Juana de Ibarbourou recordó, posiblemente, un lejano episodio de la cetrería principesca en que se representa una escena de amor. Cuentan historias escritas por legendarios cronistas que a la muerte de una reina de Francia, quedó sin dueña el azor real destinado a la caza de volatería. Pasados algunos días de dolor, el rey buscó en los deliquios del placer fugitivo, una mujer atractiva para reemplazar a la esposa desaparecida. La favorita elegida, ganándose la voluntad y la simpatía reales, reclamó para sí, como legítima presea hereditaria, el azor de la reina, el hermoso halcón domesticado que la reina lucía en su hombro cuando iba de caza. El rey accedió al pedido de la amante; pero, concluye la leyenda tejida como en desvanecido tapiz, el halcón real negóse con obstinación pertinaz, a posarse en el brazo de la predilecta demandante; y como ésta insistiera en obligar al ave a obedecerla, el azor —despertada su fiera implacable— dióle tan feroz picotazo que le valió, para siempre, recobrar la espléndida libertad del vuelo, en premio por la fidelidad para quien, sólo por el amor desinteresado, había sabido adiestrarlo con arte de cetrería.

El libro, aún inédito, mostrará a la poetisa en otra insospechada faceta de su creación literaria. La unidad de esta nueva obra poética se exterioriza en dos aspectos gallardamente estéticos: presencia triunfal del símbolo en la delicia del amor secreto, y perfección cuidadosa de las formas antiguas modernizadas; por esto dice, uniendo lo presente a lo pasado:

"Canto a mi azor con lenguas de diamante"

II

Siempre Juana de Ibarbourou demostró ser fiel al canon retórico en lo atinente a las formas poéticas y a su concepción cristiana de la vida, paganamente mística. Ella lo dice simbólicamente:

"Cuando tiendo los ojos en la puerta
De mi casa, hacia nuevos horizontes,
Siento en seguida su prudente alerta.
Y vuelvo al interior de la morada
Con mi azor en el hombro, vigilada".

Si alguna vez, como en *La Rosa de los Vientos*, pagó el necesario tributo a las tendencias literarias del momento, pronto supo volver a reconcentrarse y a ejercitar su seguro dominio del verso, limpio y claro, musical y emotivo, que constituye la esencia eterna de la verdadera poesía. Nada tiene de extraño que, ahora, muestre su maestría para realizar estrofas de estilizada perfección numismática. La forma cuando es impasiblemente parnasiana, está lejos de conseguir resonancias en el corazón. Puede, como en la inolvidable estrofa de Darío, "parecer mármol"; más, para alcanzar la plena repercusión estética necesita, como la estatua del jardín rubeniano, "ser carne viva" y que en ella palpite un alma joven

"sentimental, sensible, sensitiva".

En este libro, que pronto se publicará, Juana de Ibarbourou desenvuelve en diversos poemas la imaginada presencia del alado personaje simbólico:

"Loado sea el azor de alto linaje
Que tuvo ancestro en el halcón salvaje".

Comienzo selvático y final de encumbramiento resignado parecen dar el sentido traslaticio y la pauta del principio y término de una curva de ascendente perfeccionamiento. Esta obra, todavía inédita, es muestra cabal de tal evolución.

Resulta curioso comprobar en *Azor* la irrupción de estrofas de rancia estirpe poética: el pareado de vibradora resonancia, la octava real de marcial sonoridad, el terceto de las nobles epístolas, el remate campanudo del estrambote, finalizador del soneto; en todos estos moldes pretíritos, Juana de Ibarbourou infunde un nuevo espíritu que hinche el clásico endecasílabo y desborda en la pompa verbal de las rimas consonantes.

Para exaltar al azor, acuña, entre otras, esta estrofa en que la clásica octava real se transforma en moderna sextina:

"Estoy aquí para contar su hazaña,
Su cautiva elegía de ceniza,
El clamor deleitoso de su entraña,
El no-me-olvides que su perla irisa,
Sobre su mano de vital aroma
Vencedora del cuervo y la paloma".

En *Azor* vuelve a sonar la antigua música poética de *Las Lenguas de Diamante* hecha con la experiencia conseguida por el perfeccionamiento técnico del oficio. Luce de nuevo, la gallardía de la palabra aprisionada por la emotividad y por la sensibilidad; pero, ahora, depuradas de todo artificio en una difícil y auténtica sencillez. Con palabras de todos los días no es fácil escribir sonetos como éste:

TRIUNFO

Estás labrando en mí la nueva vida,
Pequeña y casta como oscura rosa.
Tu caricia de amor en mí se posa
Para el anhelo de que estoy transida.

Llegaste a mí, tu mano conducida
Por la de Aquel, celeste, que reposa
Sobre toda la luz esclarecida.
Tú eres tierno y perfecto; yo, amorosa.

Amorosa torcaza deslumbrada,
Corola erguida y alta condenada

A la ancha sombra y el seguro frío,

Pero tan dulcemente enamorada,
Que de rodillas ante Dios, sonrío
Porque en tu amor, ya triunfo de la nada.

Metros viejos y emociones nuevas son la característica de este *Azor* pronto a cruzar el mundo de habla española. Juana de Ibarbourou deja caer en estas páginas, como un árbol otoñal, su follaje lírico. Permanece intacta el alma poética de valor singular que mostró su prodigiosa realidad desde los comienzos de su canto. La insistencia del símbolo determina la unidad recóndita e intrínseca del libro. No resuenan ya las risas de la locura dionisiaca juvenil. Ahora tienen más dilatada presencia, la comprensiva sonrisa ante la vida, el goce tembloroso de la felicidad reencontrada y la tristeza un poco fugitiva del placer melancólico. Ella lo dice así:

"La vida se me puebla
De amarga flor, de nieve sumergida
Y apretada ceniza de tiniebla".

Sin embargo, esta existencia poblada de amargura no predispone a la poetisa a llorar, inconsolablemente, el bien perdido. Le es suficiente la palabra musical e imperecedera para disfrutar venturosa dicha en la delicia del canto. A Fray Luis de León pocas cosas materiales le bastaban para colmar de gozo la soledad campesina de sus días. Mucho menos aún, le sobra a Juana de Ibarbourou para vivir la plenitud del goce. La "gota de oro" de su canto matinal le disipa y le hace sobrellevar la tristeza de evocar todo lo perdido:

ANCHO ZURRON

Ancho zurrón, ni pan moreno lleva,
Ni espiga antigua, ni naranja nueva;
El vacío me hiela, ese vacío
De arenal, de riscal, de seco río.

Y mi laurel ya lejos, y el lucero
Ciego, en el cielo de desierto acero;
Sólo en la mano, con salada huella,
Me dió la mar, una callada estrella.

Ya no tengo más bien ni más fortuna
Que la plata sin plata de la luna;
Y la abeja, la abeja de mi canto
Matinal, me traerá sortija, encanto
De oro bermejo, puro y centelleante
Para alabar con lenguas de diamante.

Como bien se advierte, cuanto ocurre a la poetisa no es desencanto, ni desánimo, de esos que atribulan el espíritu y duelen, sobre el pecho, como golpes de penitencia. Es más bien, una reconciliación cristiana con la propia vida y un retorno al amor natural y espontáneo que humanizó sus primeros cantos. Y ella dice el por qué:

"Porque la madre sabe que la tierra
De donde vengo, mi pasión encierra".

Y así, y por esto, como renovando la voz telúrica de *Raíz Salvaje*, canta Juana de Ibarbourou, con nuevo acento a un

RIO DE PURPURA

¡Cómo has llegado a mí, río de púrpura!
Con tus islas de oro,
Con el verde celeste de tus sauces
Y el joven, tierno coro
De tus íntimos ángeles.

Resplandece la aurora en las colinas,
¡La aurora que no puede ser vencida!

Y bajan cervatillos y gamuzas
A abreviar en tús linfas.
Me inclino hacia tu espejo
Y lloro, solitaria,
Porque ya sé el día triste del olvido
Y de su ausencia necesaria.

¡Ah, que calle la alondra!
¡Que no florezcan mis tacuaras bravas!
Ni el camalote azul sobre tus aguas,
Pues ya anda el llanto arándome la cara!

Y para que no falte el hacer lírico en que lo puramente intelectual se espiritualiza en la diafanidad de la emoción, Juana de Ibarbourou convierte en tema de glosa poética aquel estupendo poema brevísimo de Juan Ramón Jiménez:

"¡No le toques ya más,
que así es la rosa!"

sólo comparable a aquel otro endecasílabo genial del inmortal Quevedo:

"Polvo seré, mas polvo enamorado".

La glosa de Juana de Ibarbourou expresa bellamente:

ASI ES LA ROSA

Cifra la rosa de alta altanería,
Su orgullo en ser la joya transitoria,
El oscuro rubí, pasión del día.

Hembra del ruiséñor, casta y erguida,
Alza el perfume en oblación del cielo
Y quema sí su fugitiva vida.

Pero queda el amor desconsolado
De cuantos vieron su hermosura intacta,
El tallo, cuello real, desamparado
En la tierra profunda y misteriosa,
Sin la corola fiel, engavillado.

Y dice Juan Ramón desesperado:
"¡No le toques ya más,
que así es la rosa!" (1)

III

La evolución poética de Juana de Ibarbourou señala una amorosa y progresiva persistencia en el perfeccionamiento de la forma, en la hondura del pensamiento y en la sedimentación del proceso emocional, sin dejar de estar atenta a las voces del tiempo.

Desde los poemas de casta desnudez paradisiaca de *Las Lenguas de Diamante* — que me parecen nuevas y musicales canciones de Bilitis— hasta estas reconditeces líricas de *Azor*, la labor de Juana de América muestra y anuncia un permanente afán de nuevos rumbos, sin dejar de conservarse fiel a sus comienzos. Desde la aurora virginal desafiante, hasta la serenidad perfecta y armoniosa del atardecer en que otea y vive, vencedora,

"el ensueño soñado,
la libertad de alondras y laureles",

su poesía se ha ido alquitarando para lograr las mejores esencias.

Andando, sufriendo y cantando, vale decir, viviendo intensamente, Juana de Ibarbourou ha sido siempre fiel a su irrefrenable vocación poética. Así lo dijo y así lo ratifica este libro de próxima aparición.

Montevideo, Julio de 1953.

(1) Del libro *Piedra y cielo*.



QUÉ HORA ES ... ?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, incitaciones, perspectivas y rumbos, noticias revisiones, antipedagogía.

Influencia del árbol en el espíritu religioso de los pueblos

Por Claudio VIVAS

(Es un recorte de *El Nacional*, Caracas. Mayo 30 de 1953).

Con motivo de la actual celebración de la "Semana del Arbol", en cuyo buen suceso están interesados los organismos de la educación y la población escolar, hemos querido intervenir en esta fiesta que nos viene ganando el corazón desde antaños días luminosos; y ofrecemos a tal fin estos escritos, en la creencia de que el árbol con su copa alzada, nos alcanzará arriba, sin advertirlo nosotros, alguna idea furtiva.

Nuestras lecturas a la luz del candil nos permiten hacer la observación de que el árbol ha venido siendo en el acontecer histórico de la humanidad un símbolo concreto para la expresión de muchas ideas abstractas del pensamiento religioso. La presencia del árbol como entidad sensible, ha sido aplicada al concepto de la divinidad en sus relaciones con los seres y como emblema de la perfectibilidad del hombre por sus actos. El hecho se produce como una experiencia universal, sin otras mutaciones que aquéllas que le imprimen los fenómenos sociales. Encontramos el árbol en su función de símbolo, tanto en el creacionismo mosaico como en la mitología pagana.

Podría creerse que esta tendencia hacia la deificación del árbol tuvo su origen en la obligada actitud contemplativa de la naturaleza por el hombre primitivo, y en la consecuente necesidad de tributar a un medio sensible el súbito reconocimiento a un dador de beneficios.

Cabría igualmente referir la sensación a una relación de belleza entre el hombre y la naturaleza, y pensar que la maravilla de ésta fué tal vez primer motivo poético para las exclamaciones de aquél ante el asombro de la belleza.

La mística y la ética de estas conjeturas se desvirtúan por la condición permanente del símbolo, no obstante los cambios ocurridos en las teogonías míticas y en el espíritu religioso de los pueblos.

Un ligero recorrido por la filiación de las distintas mitologías nos permite hallar al árbol como elemento de ficción en fábulas y leyendas, y otro por los campos de la verdadera historia nos conduce a su encuentro como figuración filosófica.

En la mitología gala, o más propiamente entre los vestigios de las tradiciones de los druidas —pueblo que hizo, como es sabido, un culto por las fuerzas de la naturaleza— encontramos la deificación de las montañas y la dedicación de un dios tutelar para cada bosque. Así sabemos que los Alpes, los Vosgos y los Ardennes tuvieron su *Pennin*, su *Vosege* y su *Arduina* como divinidades protectoras.

En la encina, el árbol sagrado de los druidas, crece la parásita del Muérdago, para la cual tenían estos primitivos galos un respeto religioso. Trasladamos aquí la versión de las antiguas ceremonias druidas durante la recolección del Muérdago sagrado, a los fines de hacer observar las rela-

ciones de supersetición entre dos pueblos separados por edades histórica y geográfica. Con lo cual quereñnos referirnos sin más atrevidos asomos al muérdago sagrado de los druidas y al dictamo sagrado que brota en el Gran Páramo Nevado, junto al frailejón de plata "solitario bajo la mirada de Dios" y es figuración de la leyenda en la mitología muisca.

Refiere un autor de historias galas: "Todos los años, al llegar el solsticio de Invierno, los sacerdotes druidas, acompañados del pueblo, que gritaba sin cesar *al muérdago el año nuevo*, se dirigían al bosque y allí se situaban debajo de una encina vieja y cargada de esta parásita. Se levantaba alrededor de ésta, con césped, un altar triangular y se hacían los preparativos necesarios para un sacrificio y para el banquete que debía celebrarse a continuación. Después grababan sobre el tronco y las dos ramas más fuertes el nombre de los dioses poderosos; y en seguida un sacerdote druida, vestido de blanco, subía sobre el árbol y cortaba el muérdago con una hoz de oro, mientras otros dos permanecían en pie recibiendo las ramas cortadas, a los efectos de impedir que tocasen el suelo. Después de esto inmolaban las víctimas y rogaban a Dios que les hiciese disfrutar las órdenes divinas del muérdago. Luego distribuían entre los concurrentes el agua en que lo habían sumergido, y persuadían al pueblo de las virtudes maravillosas del muérdago: purificar, destruir sortilegios, combatir las pasiones y curar enfermedades".

En la Grecia antigua fueron también deificados los bosques por su dedicación a las divinidades olímpicas o por la adopción de algunas especies como imágenes sagradas. A cada dios correspondía un género o una variedad que por su opulencia vistosa, floral o frutal, mereciera ser consagrada a la divinidad. La encina estaba destinada a Júpiter, el laurel a Apolo, el olivo a Minerva, el mirto a Venus, el álamo a Hércules, la vid a Baco, etc. Las divini-

dades inferiores gozaban también de una representación floral acorde con sus atributos. La venganza, la cólera o cualquiera pasión de los dioses obraba en esta mitología, de igual modo que en las leyendas niponas, casos substitutivos de hombres en árboles, lo cual parece indicar la unidad de los mitos. Muchas fábulas creadas por la imaginación de este pueblo sensual y vigoroso, dotado de gran temperamento estético, nos son familiares por los nombres de las flores de nuestros jardines: Adonis, Jacinto, Narciso, Mirra, etc.

En Roma antigua, esta misma mitología fresca, vital y tierna, tomó la consistencia, dureza y madurez del espíritu ordenador y guerrero (del latino. En la categoría de los dioses establecida por los romanos, encontramos a los árboles y arbustos cumpliendo importante destino de figuraciones.

En la mitología escandinava, de la que tenemos noticias por el libro de Eddas, el Supremo Dios Odín concede a su predilecto hijo Vali el reino de los bosques para que rija todos los encantos de la Primavera.

No podemos referirnos en tan breve trabajo a todos los mitos del grupo indoeuropeo ni adentrarnos en el extenso radio del semítico; pero cualquier erudito que ello intente comprobará la persistente y tenaz presencia del árbol en la representación figurada de las ideas religiosas. Grandes acontecimientos originarios de profundas mutaciones en las creencias del hombre, tienen su mejor historia, su tradición más respetable y su materialización más concreta en el documento del árbol. Esta voz de amplias inflexiones sólo pide en cada caso un epíteto para ensanchar sus expresiones sin medida ni término. Se podría confirmar esto con las referencias pocas que enunciamos entre centenas citables: El Arbol del Bien y del Mal y el Arbol de La Cruz, el Arbol de la Vida y el Arbol de la Muerte, el Arbol de la Libertad y el Arbol de La Sangre, el Arbol del Paraíso y el Arbol de la Ciencia. Por lo tocante a la genealogía, la heráldica y la numismática, éstas tienen su mejor archivo en los símbolos florales.

Exclamaba un maestro español: "Si me quitaran aquel pinar de La Florida de Madrid, me parecería que me arrancaban una de las raíces de mi existencia". Y acota un maestro venezolano: "El que, desde niño, no haya aprendido a amar a la Naturaleza y admirarla en sus manifestaciones sorprendentes, es muy difícil que pueda comprender el profundo sentido que entrañan estas palabras".

Juegos de loza inglesa

con palma de oro 14 Kt.

Bellísimos, para 12 y 6 personas

ALMACEN CASTRO Y QUESADA

Teléfono 3275

El regreso del soldado

(En Rep. Amer.)

Era de los mozos más atractivos de su pueblo, bellamente anidado en los alrededores de Santa Bárbara de California. Los jóvenes buscaban su compañía y de sus miradas y sonrisas vivían pendientes las jóvenes. Alto, erguido, fuerte; fuerte como vencedor que era en cien concursos de agilidad y resistencia; alumno distinguido de la Escuela de Ingeniería. Todo, todo se daba cita para conformar de Walter Smith una vigorosa personalidad de claros destellos para el futuro. Ese, o un hombre así, quisiera yo para mi hija, comentaba cada madre en la intimidad del hogar.

Era el año de 1942; entran los Estados Unidos en la guerra y Walter Smith fué de los primeros en ser llamados a filas; si no se le hubiera citado, también habría sido de los primeros en acudir voluntariamente. Libertad, Justicia, Democracia, eran conceptos muy hondamente estereotipados, por herencia y por educación, en su espíritu. Después de un largo período de entrenamiento en que sus cualidades de disciplina, ingenio y resistencia sobresalen, Walter es ahora soldado del brillante ejército victorioso en Africa, Italia y Normandía. Aumentan sus galones y su nombre es frecuentemente citado por su audacia y por su valor. Su pueblo natal se siente orgulloso de las noticias que de tarde en tarde le llegan de su arrojo y de su coraje. Cuando la guerra termine, decían, y Walter regrese, lo pasearemos en hombros al ruido y olor de fanfarras y pólvora. ¡Oh las fiestas que organizaremos en su honor!

¿Quién se atreve, preguntó un día el capitán del batallón, a penetrar en aquel bosquecillo sospechoso y escudriñar para evitar una sorpresa? Walter reclama para sí tal privilegio, por ser, dice, soltero y fuerte. Todos aplauden el gesto del soldado y le desean buena fortuna. Walter, bien armado, encorvado primero, de cuclillas después y por último arrastrándose, sorprende al enemigo, pero el enemigo también lo sorprende a él. Una bala certera destroza la pierna del valiente muchacho. Imponiéndose el espíritu a la materia, Walter logra llegar hasta el lugar donde sus compañeros lo esperan; jadeante, pálido y con voz entrecortada les informa del peligro que sobre ellos se cierne, y cae agobiado por la hemorragia, la fatiga y el dolor. Walter es conducido al hospital de retaguardia con especiales recomendaciones por haber salvado su batallón de una muerte segura. Los médicos diagnostican, y la radiografía confirma, una fractura conminuta de los huesos de la rodilla. El general visita al enfermo y lee una elogiosa citación a la heroicidad del joven miliciano, al mismo tiempo que prende en su pecho la medalla de los servicios distinguidos. El general lo abraza y la concurrencia aplaude. Ya nadie llama a Walter por su nombre propio; todos lo apellidan "El Héroe". El semblante del Héroe irradia alegría. ¿Qué importan los peligros y los sacrificios? ¿Qué importan la sangre derramada y los dolores y esta inmovilidad a que los médicos me condenan? Yo soy "El Héroe". Yo he contribuído a que la Democracia, la Libertad y la Justicia triunfen en el mundo! ¡Qué emoción en mi pueblo cuando a su regazo vuelva! Pero la herida infectada no sana de primera intención; el trata-

miento es largo y cuando la cicatrización se produce, ha dejado ya un anquilosis en extensión y abducción, que obliga a Walter a describir un arco de cuarenta y cinco grados a cada paso.

La campaña de Normandía con el feliz éxito de los aliados, es el principio del fin de la Segunda Guerra Mundial. Fracasada la contra-ofensiva de Runstedt, sólo se habla ya de la paz.

Los pasados actos de heroísmo comienzan a perder colorido. Así es de frágil y tornadiza la mente humana! Es en estos momentos cuando Walter, "El Héroe", regresa a su pueblo; regresa con mil ilusiones en el alma; con un juego de medallas en el pecho y con su pierna derecha en extensión y abducción describiendo un arco, como si al marchar tratara de despejar el camino con el borde interno de su pie derecho.

Walter es recibido en su pueblo con cariño, pero sin entusiasmo; las fiestas planeadas en su honor son pospuestas sin que lleguen las más a realizarse. Aun cuando muy joven, Walter no puede por incapacidad física alternar en los juegos con sus compañeros de ayer; se siente cohibido en las reuniones sociales; ridículo luciría si pretendiera bailar; todo ha cambiado para él; su pueblo no parece ser el mismo; sus amigos y amigas no parecen ser los mismos; tampoco él es el mismo; quien tanto amara la paz, suele sentir nostalgia de la guerra. Rota está la continuidad de las emociones de la infancia y de la juventud; nuevas impresiones se han superpuesto sobre las viejas. La ausencia, es madre del olvido, dicen los españoles; despedirse, es morir en parte, dicen los franceses. Las visitas de hombres y mujeres para oír, más por curiosidad que por interés, de los propios labios del Héroe la relación de combates, hazañas y aventuras, son cada día menos frecuentes. La indiferencia, primero y la frialdad después, es el clima en que se mueve Walter Smith a las pocas semanas de llegado a su querido pueblo. Jamás quienes están lejos del frente de batalla en las guerras modernas, podrán comprender y apreciar en toda su intensidad sus horrores, ni el heroísmo de los soldados. Tampoco la huella indeleble que la guerra deja

a veces en el cuerpo y siempre en el espíritu del combatiente.

Sintiéndose Walter menospreciado, solo entre sus amigos de ayer, entre los suyos, que es la peor de las soledades, arregla su equipaje y se dirige a Los Angeles, donde al menos, se decía, nadie me conoce; nadie sabe quién soy y menos quién he sido; donde la indiferencia no me hiere; donde el desdén no me mata.

En el magnífico Hotel Biltmore se desarrolló una noche la siguiente escena: En el amplio salón, profusamente iluminado, danzan numerosas parejas; damas y caballeros conversan animadamente arrellanados en cómodos sillones; algunos visitantes extranjeros contemplan desde sus asientos los diferentes matices de la elegante reunión. De pronto, irrumpe por la puerta principal del Hotel un miliciano, luciendo en supecho un vistoso juego de medallas de guerra. En sus ojos, muy abiertos y su mirada inquieta, se adivina que busca a alguien. Nerviosamente atraviesa el salón, recorre los distintos pasillos, escruta las fisonomías, las fisonomías femeninas, pero no parece encontrar la que busca. La multitud pasa con indiferencia la vista por las medallas, pero se detiene persistente ante su marcha caprichosa, provocando en unos una mirada de piedad, en otros una sonrisa burlona, en nadie un gesto de estima ni siquiera de simple cortesía. La cita le ha fallado. Como no hay un asiento vacío, ni ninguna persona le ofrece el suyo, Walter, fatigado, sudoroso, se reclina sobre una de las columnas exteriores del hall. Un empleado lo observa, lo comprende, lo compadece y le acerca una silla adicional. La música continúa; el baile continúa; las conversaciones continúan... Walter se ha quedado dormido; un aire de satisfacción domina su semblante. ¿Sueña acaso en las jornadas de Africa, Italia y Normandía? ¿Sueña acaso en el bosquecillo donde sorprendiera al enemigo y que le valió la medalla de los servicios distinguidos? ¿Sueña en el triunfo final de la Libertad, la Justicia y la Democracia? De pronto los músculos faciales se contraen; las mandíbulas se aprietan; los labios se pliegan en significativo rictus y la mano derecha, crispada como una garra, se dirige en actitud amenazante sobre el vistoso juego de medallas de guerra...

Solón NUÑEZ.

San José, Costa Rica.
Agosto de 1953.

La independencia de Puerto Rico en el año centenario de Martí

(En Rep. Amer.)

En José Martí, concomitantemente con su apostólica consagración a la independencia de Cuba, se manifiestan sus inquietudes, sus anhelos antillanistas. La mejor prueba de ello la tenemos, más que en la articulación de las Bases del Partido Revolucionario Cubano —que al propósito primario de libertar a su patria de nacimiento, agrega el compromiso de ayudar a la emancipación de Puerto Rico— en la maravillosa armonía de su literatura política, en donde es, como un *leitmotiv*, este pensamiento, que nunca pierde vital resonancia ni en sus palabras ni en su pluma: "Las Antillas han de salvarse juntas o juntas han de perecer". Y en las horas de sus grandes decisiones —cuando se disponía a partir "al amparo de Santo Domingo" para

la guerra libertadora de Cuba, y escribe su memorable carta del 25 de marzo de 1895 a su fraternal amigo dominicano, apellidada por su destinatario: Testamento Político de un Héroe— ¿no reitera su fervoroso antillanismo proclamando que: "Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo"?

Al terminar la gloriosa y cruenta guerra emancipadora de los cubanos en 1898, con la innecesaria intervención de los Estados Unidos de Norteamérica, y el posterior amañado Tratado de París, los ideales martianos sufren rudo golpe, porque el ya poderoso vecino, en vez de rendirles

tributo y acatamiento, esgrime como bandera de su fácil triunfo sobre el carcomido imperio español, su naciente imperialismo, presto a mermar o a usurpar soberanías de los débiles países antillanos. El hermoso gesto de la Declaración Conjunto reconociendo el derecho de Cuba a su gobierno propio, su independencia y su soberanía, desmerece con aquel tratado, en que la isla de Puerto Rico es traspasada como territorio colonial, de una potencia europea a otra potencia americana, desconociendo así el derecho de los puertorriqueños a determinar su estatuto político; mutilando así el segundo objetivo de las Bases del Partido Revolucionario Cubano; quedando así vigente el inquietante vaticinio martiano: "Las Antillas han de salvarse juntas o juntas han de perecer".

Ningún momento, empero, como estos en que estamos conmemorando el centenario de José Martí en todos los pueblos de América —más en los libres que en los oprimidos— para volver a lo estatuido en aquellas Bases; para que los postuados martianos queden, como la estrella que fulgura en las dos banderas antillanas, resplandecientes solamente en su aspecto optimista: "las Antillas han de salvarse juntas"; "las Antillas libres salvarán la independencia de América".

Es necesario que el anhelo popular se haga voz oficial en todos los gobiernos americanos. Que la tímida voz argentina, guatemalteca, uruguaya que percibimos de cuando en cuando, se haga voz conjunta de todos los gobiernos, para demandar de los Estados Unidos —como lo quería el mensaje de los dominicanos Henríquez i Carvajal y Lugo a la Octava Conferencia Interamericana de Lima— el cese del dominio norteamericano en la isla hermana de Puerto Rico.

El abigarrado Congreso de Escritores Martianos oyó, parece, con visible indiferencia la voz de uno de sus miembros lamentarse de que "América dejara morir a Federico Henríquez i Carvajal sin ver a Puerto Rico dueño de sus propios destinos, como lo deseó José Martí" (1). Muchos de sus miembros firmaron, en cambio, como buscando la línea de menor resistencia, un mensaje abogando por la libertad de Albizu Campos y sus compañeros nacionalistas presos; pero convengamos en que el deber de los martianos, de los que lo son, sobre todo, por la conducta y el valor, obliga a ir más allá de una piadosa súplica de libertad física para quien tiene, junto con las cicatrices de su martirio, la altísima misión de completar —en "las Antillas que han de salvarse juntas o juntas han de perecer"— la obra libertaria de Martí.

Lo que hay que demandar insistentemente, pues, más que pedir, es la independencia de la isla irredenta. Demandarlo del gobierno de Washington, y también, ¿por qué no?, de Muñoz Marín, ya que este "bo-

ricua" desviado de la senda martiana, que es la misma senda de Betances y de Hostos, tiene en su poder todos los elementos idóneos para el gesto necesario —que Washington no podría desconocer, que Washington tendría que acatar— y sería el mejor homenaje a José Martí en el año de su centenario.

Un editorialista del *Imparcial* de Puerto Rico, comentando el Mensaje a América en mi Centenario, de Federico Henríquez i Carvajal, finaliza así su análisis: "Obedeciendo la voz del libertador Martí, el patricio dominicano, también en lindero de hora suprema, no hace como los usureros, que tienen su bolsa de oro; ciego está, y llora su última lágrima de ciego por el do-

lor de Puerto Rico; cansado está con cien años a cuestas, y levanta la voz, más valiente que nunca, para condenar el colnaje imperante en Puerto Rico.

"Un héroe de la virtud alza la voz para que alguien la recoja mientras él, a semejanza de Martí, se abisma en el presentimiento.

"¿Cuántos hombres repetirán su palabra en América?

"¿Cuántos hombres boricuas aceptarán su evangelio de libertad en esta hora?"

E. HENRIQUEZ GARCIA.

En La Habana, 27 de febrero.
Año Centenario de José Martí.

Son dos poemas

(En Rep. Amer.)

EN EL VUELO

A lo largo del vasto firmamento
y a medida que el vuelo nos separa,
en la bruma que deja el recorrido
tu imagen infinita se agiganta...

Corta el motor el aire..., fieramente,
en su gira veloz, mecanizada,
y no sospecha nadie la tormenta
que va horadando, sin piedad, en mi alma.

Se diría que uncido por tu sombra
me quedara al partir... esta mañana;
y que retienes —sin quererlo acaso—
la nave en que huye herida mi esperanza.

Quiero encontrar la paz y mi sosiego
en esta ruta incierta y enigmática,
y cuanto más me adentro en el camino...
más se hunde la tuya entre mi alma.

¡Correr... volar... partir hacia mi Patria
desesperadamente ansío...
y nada más...!

Sacudir este artificial martirio
que con la ausencia yo le impuse a mi alma
en momentos de loco desvarío...
¡Llegar y verte... nada más!

Sentirme circundado por los lares
donde tu amor y mi cariño
confundieron ensueños y ansiedades,
pasiones y suspiros,
entonando su más tierna balada,
¡y fueron uno... nada más!

Cruzar entre las flores que sembramos
cuando juntos pusimos la simiente,
hendir la dulce brisa que entibiaron
al pasar, nuestros besos, nuestras mentes,
y mirar extasiado hacia lo alto

¡Brega contradictoria y misteriosa
en que luchan mi amor y la distancia...;
estoy atado al punto de partida,
que más desgarrar... cuanto más se avanza!

Quiero borrar tu imagen adorable,
de mi ser al que vives entrañada;
sacarme el corazón con que te he amado,
y desecar la fuente de mis lágrimas...

Tan sólo ansío en mi existencia ruda,
poder palparte como a cosa extraña,
y sentir que es mentira tanta dicha
que entre sueños tejimos, por desgracia...

¡Imagen infinita, de mi pena,
que te proyectas en la sombra amada:
no me tortures más con tu presencia,
que sólo anhelo contemplar sin ansias
—como si nunca hubiese florecido—
la gloriosa ilusión de nuestras almas...!

NOSTALGIA

en donde unidas nuestras almas,
al cielo le imploraron
la gracia iridiscente de su paz...
¡Eso... desesperadamente clamo,
y nada más!

Llegar hasta tu orilla, prisionero
de este amor que me tiene enfermo y loco,
y que desvanecer no puedo
pues que lo llena todo, todo, todo...

¡Estar donde te sepa cerca anhelo...
aunque sé que tan lejos de mí estás...!

¡Eso...
desesperadamente quiero,
nada más... nada más!

Rafael ORTIZ CESPEDES.

San José de Costa Rica.
Agosto de 1953.

(1) En la sesión plenaria final del Congreso, celebrada en la misma fecha inolvidable para los dominicanos, en que pensé y escribí estas páginas, por iniciativa del excelentísimo uruguayo Nelson García Serrato, se rindió, de pie toda la asamblea, conmovido homenaje a Federico Henríquez i Carvajal, fraternal amigo de Martí y depositario de su Testamento Político. Camila Henríquez Ureña, presente, agradeció este homenaje.

Agencia del *Repertorio Americano*
en Guatemala, C. A.:
LIBRERIA MINERVA
5ª Avenida Sur Nº 29 B.

STECHEMERT-HAFNER, Inc.
Books and Periodicals
31 East 10th Str.-New York 3, N. Y.
Con esta Agencia puede Ud.
conseguir una suscripción al
Repertorio Americano

“El Angel y las Imágenes”, de Fernando Centeno. 1953

(Para el Rep. Amer.)

¿Qué nos ofrece el poeta en *El Angel y las Imágenes*? ¿Qué no ha entregado para nuestra emoción e inteligencia?

Una meditación emocionada en torno al hombre, a su génesis y avatares, es la sustancia de invención estética de este poema en tres partes y 37 títulos sugerentes.

El primer Libro de la Biblia y el Evangelio de San Juan le dieron la sustancia temática y poético-filosófica, para reforjar el drama de la creación del hombre.

En su ficción, sin embargo, no se ata al orden dado a la creación según el mito hebreo: su libertad poética altera este orden y, en vez de ser el Hombre, el Adán, la última criatura en el orden temporal salida de la mano del Creador, es la primera; a imagen del Hombre enseguida fueron hechas todas las demás criaturas y los elementos.

Esta alteración del mito de intención poética, le da oportunidad para establecer nuevas y eficaces imágenes (por analogía las más) de orden sensible, o sensible y emotivo al mismo tiempo.

Una de las características del modernismo literario, afirma Selden Rodman, (ver *A New Anthology of Modern Poetry*, introducción, páginas 28 y 29), “consiste en emplear la religión o los temas religiosos como un campo nuevo propicio para los descubrimientos de imágenes, muy semejante al psicoanálisis”.

Así nos parece que ha procedido en este caso el poeta de *El Angel y las Imágenes*.

Con el cristianismo y con Platón, va el poeta de la mano en su concepción de la naturaleza del hombre: carne, sangre, huesos, más espíritu divino. Lo declara expresamente con la cita de A. de Saint Exupéry: “Sólo el espíritu si sopla sobre la arcilla, puede crear al Hombre”.

Pareciera que esta filosofía platónico-cristiana es la del poeta y que con ella alumbrara su creación poética cuando entra a narrarnos y a descubrirnos los avatares del Hombre, espíritu vestido de carne y colocado en la tierra.

En este aspecto casi se sujeta por entero a los postulados y dogmas esenciales de la interpretación espiritualista del cosmos y de la vida, del hombre y de su conciencia: “En la mente de Dios, (un Dios que no es mito, ni hipótesis de investigación, sino que es valorado o estimado como esencia de la esencia, como Alfa y Omega de todo lo existente), palpitan las cosas”. “Era el Universo apenas una Idea”. “En la mente de Dios el hombre era deseado”. El hombre es “Deidad de irritadas auroras de electrones y células” “Deidad que libera congregadas moléculas” “Adán que ha perdido el mandato de plantas y bestias”. El hombre posee un cuerpo “que en el polvo se hará polvo” “Y como antes de los siglos la Idea fué primero” (Véanse además las estrofas 1 a 4 del poema número 3, “Secreta Imagen” en la tercera parte, “El Angel Onírico”).

Sigamos con el poeta de los avatares del hombre: fué el hombre creado Angel, espíritu divino aliado a una forma de carne transitoria, sometido a la muerte temporal. Un Angel que en “la edad primera de la tierra poseyó poderes mágicos”.

Este Angel taumaturgo, quizá ganado por la virtud demoníaca, devino Angel colérico, furente destructor; luego, en un sér aislado, vencido en la tristeza, ahorcado sobre la faz de la Tierra. Tras este avatar, otros y otros: el Angel de Lodo habitador de la arcilla dolorosa y demoníaca; el Angel que empieza a recordar, a recordar su origen y principio divinos; el Angel que indaga con preguntas como flechas disparadas a las infinitas dimensiones del Universo; el Angel que interroga a la tumba y a la muerte, que busca el sentido de los símbolos en los elementos sensibles: el agua, el fuego, la tierra. Finalmente, el Angel, desterrado del cielo que lo reconquista para instalarse en la residencia terrenal, como un Prometeo liberado y justificado y triunfante.

En esta parte primera del poema, por la fuerza del mito, por la de la concepción filosófica, aceptada o implícita, la materia, la tierra, la carne, el cuerpo, son lo perecedero, lo demoníaco, en contraposición al espíritu, que es lo eterno, lo aéreo, lo inmortal, lo divino.

Notamos que el Angel, el Hombre, es masculino, pues la mujer, o mejor, la Mujer, queda pretérida y casi sólo aparece como hembra, Eva corruptora, amiga y seguidora de la sapiencia de la serpiente del Paraíso.

En la segunda parte: “El Angel Alucinado”, se mantiene la dualidad de la naturaleza humana: espíritu, materia; la dualidad de la creación: Dios, Demonio. Se complace el poeta en mostrarnos esta doble luz quebrada en el polifacético diamante del alma humana humillada con su carga de arcilla. Ya es la soledad del Hombre (¿Señor, Señor, ¿por qué me has abandonado?) O el hombre hermanado con todos sus semejantes y aun con todas las criaturas y cosas del universo, cuando se descarga de su egoísmo. O el hombre que se rebela contra su Creador y “maldice la tierra”, o el que, siendo efímero, pretende romper la eterna dimensión del tiempo: o el que contra su conciencia, es guerrero homicida; otras veces es el hombre que se investiga para conocer su verdadero rostro o el que, maravillado de su insondable ser, descubre como última raíz de este misterio al Dios de la Eternidad.

“Las Víboras de Dios” (Nº 9), “Tránsito” (Nº 10), “Símbolo” (Nº 11), son tres meditaciones acerca del origen del mal, de la muerte y de la resurrección de la carne (¿en la resurrección de Cristo?) respectivamente.

Cierra esta segunda parte con el poema “Hacedor de Sueño” en que pareciera que el poeta le concede un valor sublimador y redentor a la conciencia onírica: poder mágico que nos comunicara con la divinidad, sin necesidad de intermediarios, religiones, filosofías.

“Retablo Seráfico” (Nº 8), ejemplifica culminaciones históricas del hombre ángel, en Fray Angélico, Francisco de Asís, Pedro de Betancourt, Teresa de Jesús y San Juan de Dios. De paso anotemos que en el tema o motivo de Fray Angélico el poeta recogió la dimensión lírica que ya le había concedido Juan Ramón Jiménez, así

como en el tema de San Francisco, la que al tema le diera Rubén Darío. En general este poema no está al mismo nivel lírico de los demás de la obra.

“El Angel Onírico”, 14 poemas, tercera parte y final del poema total, tiene el clima del sueño con ensueños, de esa vida abismal, fértil en extrañas, ilógicas vivencias.

En la serie de poemas que lo integran se rompe el hilo del mito y aún se anula la ancha luz de la filosofía que alumbrara los otros poemas anteriores.

Para navegar por este dédalo no queda más que desplegar la vela a la aventura poética. Estamos en la región del entender y sentir en un universo de imponderables: el mundo de los sueños, accesible sólo para cada uno en las lindes de su conciencia.

No se juzgue que en esta tercera parte, un psicoanalista nos presta su escafandra para hundirnos en el abismo oceánico. Aquí la exploración onírica es realizada, no por ella misma, sino como medio de hallazgos poéticos. En el sueño “llamando con nombres de mujer o de agua” podemos despertar “la canción que está dormida”, podemos sorprenderle su antiquísima tristeza a Dios; o presenciar la danza de la balladera del sol o el galope de la amazona del aire. Porque en el sueño “la divinidad enciende sus lámparas eternas” y el poeta, nuevo Aladino, es capaz de apoderarse de una de ellas y crear maravillas.

La tónica de todo el poema es el idealismo optimista: el Angel-Hombre se convertirá en el Hombre angélico y la tierra, entonces, será “su morada sin pesar”, como diría Manrique.

Los avatares del Angel van de la luz al lodo; del lodo, a la luz. Sus alucinaciones, la culpa, el pecado, se transmutarán al fin, en la comunicación con la divinidad, que le hablará en el sueño y le dará múltiples canciones con que exprimir su corazón purificado.

En este telar de fábula, cuya aceptación o rechazo será actitud libre del lector, el poeta objetiva su virtud creadora en ritmos evocadores y en imágenes múltiples de suma gracia.

Para “el cazador de imágenes”, para el captador de eficacias novedosas del epíteto, para el que se deleita en ritmo de cadencia de fina música, el poema le ofrecerá repetidos goces estéticos.

La factura del poema es de indudable filiación modernista, por la libertad en el manejo del ritmo y de la rima, por el poder de síntesis, por la abundancia de metáforas simples y de metáforas telescópicas, por la ausencia de lo episódico.

En *El Angel y las Imágenes* el poeta Fernando Centeno prueba la madurez de su técnica en el dominio de la poesía modernista. Este hecho, sumado a la feliz arquitectura del poema, hacen de su obra última, una de las mejores producciones literarias de nuestras letras nacionales.

Carlos Luis SAENZ E.

San José, Costa Rica.
Abril. 1953.

La vejez del hombre

Por Pedro CABA

(En Rep. Amer.)

La vejez del hombre siempre es gloriosa, siempre dibuja en torno del anciano un nimbo o resplandor que hace que la figura se ennoblezca y cobre una radiación de prestigio. Es lo que hace que todo anciano, por el hecho de serlo, nos parezca "venerable". Y así ha parecido a las generaciones de todos los tiempos, aunque variando la intensidad en la veneración por el anciano, según las épocas de la historia. No podemos olvidar que no siempre los viejos han sido estimados como reliquias preciosas de un pasado y como precipitado ya frío de una antigua hoguera que ha ido labrando, desde dentro, la geotectónica de unos rasgos ya casi petrificados. Los espartanos no vacilaban en sacrificar a los hombres ya decrepitos para el servicio de la comunidad. Estrabón cuenta que, entre los medas, existían perros llamados "sepultureros" para devorar a los ancianos ya seniles, y Platón hasta cita a los antiguos sardos que eliminaban a los viejos que estorbaban a sus empresas guerreras o aconsejaban en contra del parecer de los más jóvenes y ardientes. Pero lo que arriba quise decir es que el anciano, cuando no ha llegado a la decrepitud, es siempre un ser humano lleno de nobleza; es el espíritu que aún hace nido entre sus ruinas físicas, lo que da el resplandor de anochecer de gloria y lo hace venerable. Pero hay un momento en que la vejez pasa a ser senilidad y eso ya

es "la patología de la vejez" y no la vejez misma. A estos viejos ya seniles es a los que los antiguos (y no todos ni mucho menos) les aplicaban aquellas normas de egoísmo social y sequedad caritativa que, luego han llamado *eugenesis*. Los pueblos citados practicaban tales formas de eugenesis más bien por una extraña mezcla de egoísmo y superstición. Por otra parte, la cita de Estrabón no ha sido certificada por investigaciones históricas posteriores.

En nuestro tiempo se vuelve a un culto de la vejez humana, aún más acentuado que en el siglo XIX. En el alma del hombre de nuestro tiempo se notan impulsos de caricia y mimo para el hombre que está sobrellevando el crepúsculo de su vida con alguna dignidad. Y aun para aquel anciano en quien el espíritu parece haberse apagado o ausentado, dejando un montón de escombros físicos mal unidos por una vida meramente vegetante, tiene también el hombre de hoy un sentido conmisericordioso y reverencial, transido de tierna melancolía para su pasado. Toda una rama de la Ciencia Médica, la Geriátrica, se acaba de fundar para ello. Y ya cuenta ese nuevo vástago de la ciencia con insignes cultivadores en España; como Marañón, Blanco Soler, Vega Díaz, Beltrán Baguena, que han venido a continuar la línea de Pi y Suñer, Amalio Gimeno y el propio Letamendi que a tantas cosas se anticipó y que ahora empieza

Una suscripción al *Rep. Americano*
la consigue Ud en Chile, con
GEORGE NASCIMENTO y Cía.

Santiago, Casilla Nº 2298.

—o—

En El Salvador, con el

Prof. ML. VICENTE GAVIDIA

En el Liceo Santaneco
Santa Ana.

a ser reivindicado por médicos de la gran valía del doctor Sarró, de Barcelona. Fuera de España, esta ciencia nueva, la Geriátrica, ha tenido sus grandes precursores en Brown-Sequard, en Metschnikoff, Steinach, Voronof y Lorad. Estos fueron los que hicieron que el tema de la vejez abandonara el huerto de la literatura, donde venía siendo cultivado, para emplazarse en la geografía, más rigurosa y eficaz de la ciencia; dejó de ser divagación y tropo literario y arrebató lírico, para ser investigación y conquista científica. Sin embargo, la Geriátrica misma, como ciencia, y sin que ella misma lo note, resuena de sentimientos de ternura ante lo venerable humano y de comprensión ante la vejez. La Geriátrica es un signo nuevo de cómo toda ciencia se nos está volviendo Antropología, un nuevo giro de la ciencia médica hacia la persona, hacia el hombre completo, como totalidad existencial. Otra corriente es la Pediatría o maternización poética de la Terapéutica.

Por eso, la primera actitud de los endocrinólogos que afirmaban que la vejez no era sino el resultado de la hipofunción hormonal, luego fué sustituida por la fina aseveración de Marañón: "La juventud de las glándulas es una parte de la juventud del organismo total, y la vejez de las glándulas un simple elemento de la total vejez del organismo". Esta actitud viene a decirnos que es el organismo entero el que envejece, haciendo disminuir o desecarse los manantiales endocrinos. Pero aún queda más: la concepción de la vejez como fenómeno espiritual, algo así como unas ruinas físicas de donde el misterioso pájaro del espíritu ha levantado el vuelo. El espíritu como tal no envejece, pero su ausencia hace que envejezca el edificio de que fué inquilino. No sabemos cómo es esto posible, pero es una concepción que hará reflorar el viejo tronco de la sabiduría sobre el hombre, ilimitada e inagotable. Séneca, como Cicerón, hablaron de la ancianidad, sembrando respeto y veneración a sus pies. La cultura china, tiene una honda sabiduría fundada en el culto a los antepasados y el fervor por los abuelos, como el hebreo alcanza su edad de oro en la veneración hacia los patriarcas. Análogos sentimientos retallecen en el hombre de hoy con la Geriátrica. El hombre no quiere envejecer y siente una melancolía honda ante el anciano, como la siente ante la casa deshabitada, ante el nido abandonado y ante las ruinas transidas de soledad y sordamente invadidas por la naturaleza inexorable y lenta. El hombre no quiere envejecer y Fausto es el grito de protesta.

Valencia. España.

Fondo de Cultura Económica

Pánuco 63, México, D. F.

BOLETIN

Nos complace comunicar a ustedes la aparición de cinco nuevos tomos de nuestra Colección de Breviarios que ponemos desde luego a su disposición:

- Nº 76 Serrano.—*El Pensamiento de Unumano*. (Volumen medio).
- Nº 77 Jaspers.—*La Filosofía*. (Volumen sencillo).
- Nº 78 Gall.—*La Pintura Galante*. (Volumen doble).

- Nº 79 Straumann.—*La Literatura Norteamericana en el Siglo XX*. (Volumen medio).
- Nº 80 Worringer.—*Abstracción y Naturaleza*. (Volumen sencillo).

Tendremos a ustedes al tanto de cada nuevo tomo que salga de esta Colección así como de todas las novedades que aparezcan de nuestro sello Editorial.

✱

Cuadernos Americanos

Apartado Postal 965
México, D. F., México

Estos libros interesantes:

- | | | | |
|---|-------------|--|------|
| Antonio Castro Leal: <i>Juan Ruiz de Alarcón</i> | Dól. \$1.00 | Gustavo Valcárcel: <i>La Prisión</i> | 1.50 |
| Juan Larrea: <i>Rendición de Espiritu I y II</i> , cada uno | 1.00 | Gustavo Valcárcel: <i>La agonía del Perú</i> | 0.50 |
| Eduardo Villaseñor: <i>Ensayos Interamericanos</i> | 1.00 | Miguel Alvarez Acosta: <i>Muro blanco en Roca Negra</i> . Novela. Premio <i>El Nacional</i> | 2.00 |
| Emilio Prados: <i>Jardín Cerrado</i> | 1.00 | Miguel Alvarez Acosta: <i>Nave de Rosas Antiguas</i> (Poemas) | 2.00 |
| Rodolfo Usigli: <i>Corona de Sombra</i> | 1.00 | Solicítelos a <i>Cuadernos Americanos</i> (México, D. F.); o a <i>Rep. Americano</i> (San José, Costa Rica). | |
| Jesús Silva Herzog: <i>Meditaciones sobre México</i> | 1.00 | <i>Giro Bancario sobre Nueva York</i> . | |
| Sara de Ibáñez: <i>Pastoral</i> | 0.50 | | |
| Honorato Ignacio Magaloni: <i>Signo</i> | 1.50 | | |